n°. 28

2722

Cromwell

8

# CROMWELL,

*Drama en cuatro actos, y en prosa:*

PRECEDIDO DE

## La Popularidad de un Diputado,

PRÓLOGO EN UN ACTO,

Por Don Isidoro Gil.

MADRID, 1837.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,

*calle del Amor de Dios, número 7.*

# PERSONAGES.

Carlos I.

Oliverio Cromwell.

Sir Thomas Wentworth, conde de Straffort.

Un hidalgo.

M. Pym.

Goring.

El principe Roberto.

El marques de Montrose.

Thomlinson.

Annesley.

Un Constable.

El duque de Glocester.

El principe de Gales.

Sara Mursel.

Madama Darpell.

# PRÓLOGO.

El vestíbulo del palacio de Westminster. A la izquierda se supone estar el remate de la escalera de la cámara de los Lores. A la derecha el de la que conduce á la cámara de los Comunes. En el fondo la calle.

## ESCENA PRIMERA.

OLIVERIO *y* PYM *en el proscenio.* PUEBLO *en el fondo y en la calle.*

*El Pueb.* Viva el diputado Sir Thomas Wentworth, viva el parlamento!

*Pym.* Bien dicho, amigos! Todo el que así grite es verdadero inglés, y amante de su pátria. Sí, viva Sir Thomas Wentworth!

*Oliv.* (*Acercándose á Pym.*) Señor, ó Milord?

*Pym.* (*Volviéndose.*) Señor liso y llano.

*Oliv.* Señor?

*Pym.* Pym, para serviros.

*Oliv.* (*Saludándole.*) Señor Pym, tendreis la bondad de decirme por qué se desgañitan así esas buenas gentes?

*Pym.* No deja de admirarme que un inglés me haga esa pregunta. Si no me engaño, vos sois inglés.

*Oliv.* Sí, por san Jorge, y sin una gota de sangre estrangera en las venas.

*Pym.* Pues no sereis de Lóndres entonces?

*Oliv.* No señor: soy del condado de Huntingdon, donde poseo algunas haciendas, por las cuales pago mas de ocho escudos de renta, cuya circuns-



613955

tancia me dá derecho, como á cualquier otro, para tomar asiento en el parlamento.

*Pym.* Pues, señor, esos hombres gritan porque se regocijan.

*Oliv.* Y de qué es ese regocijo?

*Pym.* De que hoy es un dia de triunfo.

*Oliv.* Para quién, amigo?

*Pym.* Para el pueblo, para vos, para mí, para nosotros todos.

*Oliv.* Oh! lo que es yo no soy del pueblo.

*Pym.* Hé?

*Oliv.* Pero eso no obstante, me tomo mucho interés en todo lo bueno que le sucede.

*Pym.* Pues bien; habeis de saber que los Comunes han trabajado tanto, que á la hora de esta se ha votado ya el bill de derechos.

*Oliv.* Se ha votado!

*Pym.* Y firmado.

*Oliv.* Firmado!

*Pym.* Por el Rey Cárlos I, que ha escrito al pie de él de su puño y letra la fórmula de costumbre: «hágase como se desea": en buen francés.

*Oliv.* Sí, para que los ingleses le entiendan mejor, no es verdad?

*Pym.* Para que lo entienda todo el mundo. Poco importa la lengua en que se ha contraido un empeño; si el empeño existe, tendrá que cumplirse; y se cumplirá. (*Yendo á retirarse.*) Es eso todo lo que deseabais saber?

*Oliv.* (*Deteniéndole.*) Perdonad: podríais decirme qué es eso de bill?

*Pym.* Luego vos no sabeis nada de lo que pasa?

*Oliv.* Por no saber, ni aun sé dónde estamos.

*Pym.* Siendo así, tened entendido que estamos en el palacio de Westminster; que allí á la dere-

cha está la cámara de los Comunes, y aquí á la izquierda la de los Lores.... Quizás ignorareis tambien lo que sea esto de cámara de los Comunes y de los Lores?

*Oliv.* Proseguid, amigo; si no lo sé, lo aprenderé ahora: si lo sé mal, lo sabré mejor. Os esplicais de un modo que me agrada; y si no os soy molesto....

*Pym.* De ninguna manera. (*Inclinándose.*) Decía, pues, que hay en el dia en Inglaterra dos grandes corporaciones que luchan desde hace mucho tiempo, y que se fatigan lentamente por ver cual de las dos derribará á la otra; la una se compone del Rey, del Príncipe de Gales, de los Lores, de la Córte, de Palacio, del Antecristo, ó del mismo demonio hecho Ministro, que ambas cosas puede ser Jorge Williers, Duque de Buckingham: ese maldito ministro tiene su asiento por consiguiente allí, en la cámara de los Lores. (*Señalando hácia la izquierda.*) La otra corporacion se compone de los Comunes, de nosotros todos, de Lóndres, de la Inglaterra, de Sir Thomas Wentworth, su mas digno representante, y el cual tiene su asiento en esta otra cámara. (*Señalando hácia la derecha.*) Opresion y emancipacion estos son sus dos opuestos principios. Buckingham y Wentworth los dos sostenedores de esos principios. Ahora bien, Buckingham nos gobernaba hasta ayer á su antojo y manera; el Rey no era mas que Rey de fórmula, ó por mejor decir, no habia Rey: pero en cambio habia aumento de contribuciones; llovian tributos del cielo, y la tierra vomitaba soldados para hacer pagar los tributos; en pos de los soldados, por si necesario fuese para obligarlos á atropellar al pueblo, ve-

nian jueces, y en pos de los jueces ugieres de justicia; no conocíamos otros recaudadores. Ya podeis figuraros que esto no podia durar mucho tiempo; así es que de pronto apareció un hombre en la cámara que emprendió con valor la defensa de nuestros derechos violados; ese hombre es diputado por York, se llama Wentworth, é hizo aprobar el bill de derechos que fué presentado ayer á la firma del Rey. Cárlos se negó primeramente, y Backingham prorrumpió en expresiones poco dignas de la cámara; pero ambos necesitaban dinero, y la decision de la cámara era terminante; no habiendo bill, no habrá subsidios, con lo cual el Rey firmó el bill hoy á las doce.

*Oliv.* Y la cámara habrá votado una hora despues el subsidio ¿no es verdad?

*Pym.* Justamente.

*Oliv.* Decidme, cuáles son esos nuevos derechos otorgados al pueblo?

*Pym.* Primeramente el Rey no podrá exigir ningun pecho, ni tributo, sin el consentimiento de los arzobispos, obispos, condes, barones, vecinos y demas hombres libres del Comun del reino.

*Oliv.* Pues, amigo, si no me engaña la memoria, ese derecho del pueblo data desde un estatuto de Eduardo I, de *Tallagio non concedendo*, dado en 1314 segun creo, y ya estamos en 1628. Con que el pueblo no ha hecho mas que recobrar lo que ya era suyo, y no veo en ello tan gran motivo de fiesta. Qué mas?

*Pym.* (*Con menos entusiasmo.*) Qué mas! qué mas! Se ha decretado por el artículo 12 que ningun vecino, ú hombre libre, podrá ser detenido, preso,

ni sentenciado sin ser juzgado por sus Pares, ó la ley del país.

*Oliv.* Oiga! pues no deja de ser magnánimo otorgamiento. Yo no sé qué crónica cuenta que hace 273 años la villa de Lóndres celebró regocijos públicos en honor del Rey Eduardo III, por haberla éste concedido igual gracia, patentizada en el artículo 16 ó 17 de la Carta Magna de nuestras libertades pátrias. Si era esa la causa de la algazara que hace poco aturdía los oidos, habreis de convenir conmigo, señor Pym, que no era estraño el que ignorase el secreto de la pública alegría, y que hacía bien en informarme antes de alegrarme tambien. Pero sin duda ese bill contiene aún otras muchas franquicias.

*Pym.* Sí por cierto.

*Oliv.* Pues decidlas de una vez.

*Pym.* Hay en él otro artículo, por el cual el Rey se obliga á sacar de las casas de los particulares los soldados y marinos que estaban alojados, y á abolir y anular las comisiones militares desde ahora y por siempre: por siempre, ¿lo oís?

*Oliv.* Sí, sí, perfectamente. Pero ¿quereis decirme en virtud de qué artículo de la Carta Magna, el Rey Cárlos, ni otro alguno, podia obligar á los hombres libres, á los vecinos del reino á que diesen alojamiento á su ejército, y qué decreto de la Constitucion inglesa autorizaba la institucion de las comisiones militares? ¿Qué sois vos?....

*Pym.* Abogado.

*Oliv.* En ese caso debeis saber mejor que yo, que soy un cualquiera, las leyes que rigen en la Gran Bretaña. Con que hablad, ya os escucho.

*Pym.* (*Alejándose un poco.*) ¡Eh! ¿Quién diablos es este provincial, que no sabe nada, y todo lo

sabe, este hidalgo letrado como un teólogo, y teólogo mas legista que un abogado? será whig ó tory, amigo de Wentworth, ó de Buckingham.

*Oliv.* (*Acercándose.*) ¿Con que son esos todos los derechos otorgados por el Rey Cárlos? Vaya. ¿Quereis que os diga yo ahora los que él se reserva? Tiene el derecho de proveer los empleos y destinos de almirante, de gran canciller y de gran tesorero; de nombrar los pares, los cuales no pueden tomar asiento en la cámara sin haberle prestado de antemano juramento de fidelidad; de nombrar los jueces del reino y los gefes de provincia que no pueden ejercer su empleo mas que en su nombre, y bajo la autoridad de su sello; de declarar la guerra, y de hacer la paz; de levantar ejércitos y armadas para defenderle; de plegar y desplegar la bandera de San Jorge, que es la de la Inglaterra, y no la suya; puede abrir y cerrar las puertas de las fortalezas y ciudadelas, aumentar ó disminuir sus guarniciones; en fin, tiene el derecho de arrancar la espada de manos de la justicia, pues la ley sentencia en vano, cuando el Rey tiene la fantasía de perdonar. Vamos, señor Pym, aquí se acerca Sir Thomas Wentworth, que vá á la cámara, victorearle con buenos gritos y dadle gracias de lo que hace por nosotros, es un tribuno magnífico, que ha obtenido para nosotros ámplias y sorprendentes libertades.

*Pym.* (*Meditabundo.*) Por quien soy, que este es un hombre estraordinario.

*El Pueb.* ¡Viva Sir Thomas Wentworth! ¡Plaza al tribuno!.... ¡Viva el diputado de los Comunes! ¡Viva el defensor del pueblo!

## ESCENA II.

Sr. THOMAS WENTWORTH *en el fondo; al rededor suyo el Pueblo llena los dos lados del teatro. En el proscenio* OLIVERIO *y* PYM.

*Todos.* (*Escepto Oliverio y Pym.*) Viva Wentworth.

*Went.* No, amigos mios, os engañais; viva el Rey, es lo que debeis decir, porque á él es á quien se lo debeis todo; vuestro diputado no ha hecho mas que su deber, gritad: ¡Viva el Rey! (*Silencio.*)

*Pym.* (*Aparte.*) Viva el Rey.... ¿qué es esto? ¿se burla? (*Murmullos al foro. Wentworth hace demostracion con la mano de que quiere hablar.*)

*Oliv.* Vuestro diputado va á hablar: señores, escuchad. (*Voces en el gentío.*) ¡Escuchad, escuchad! (*Pym mira á Oliverio con asombro.*)

*Went.* Ingleses, la libertad del pueblo se vió ayer amenazada de un gran riesgo, yo la defendí y la defenderé nuevamente, si Buckingham se atreviese á apartarse de la Carta Magna de Inglaterra; pero nada hay que temer, desde hoy no existe valla alguna entre Rey y vasallos.

*Oliv.* Ya lo ois, no existe valla alguna entre el Rey y los *vasallos.*

*Pym.* ¡Vasallos!

*Oliv.* Este hombre habla bien.

*Went.* El bill de vuestros derechos está firmado, la Inglaterra le ha recibido con entusiasmo, y la nacion entera muestra su contento; solo aquí en Westminster es donde se murmura.

*Oliv.* ¡Ah! se murmura.

*Went.* La cámara de los Comunes tan solo es la

que se queja y amenaza; los Comunes nunca están contentos. En vez de recibir humildemente é hincada la rodilla en tierra, como deben hacerlo, el magnífico presente que acaba de hacerles el Rey, ¿sabeis lo que quieren ahora? Quieren hacer prender al ministro Buckingham. Nadie como yo aborrece á Buckingham, pero aborrezco tambien á los ingratos, y todos lo seríamos si hiciésemos un agravio á la soberanía en pago de la ley que acaba de otorgarnos; pero no, eso no sucederá nunca. Tengo asiento entre los diputados del pueblo, y con mi honor de diputado del pueblo salgo garante de los leales intentos del Rey. Prendan en buenhora á Lord Buckingham, yo le defenderé contra el macero de la cámara. ¿Lo ois? Yo, Sir Thomas Wentworth, porque soy contrario del Duque, y no enemigo suyo, le protegeré aun contra los sediciosos, porque, segun parece, ahora ya no tiene el pueblo necesidad de que lo defiendan, sino el Rey. Ahora que están seguros los derechos de la Inglaterra, se empieza á conspirar contra los del trono: señores, prestemos nuestros socorros al trono como se los hemos prestado á la Inglaterra. Desde este instante se ha trocado mi mision. Ingleses, entro al parlamento, no ya como orador del pueblo, sino como súbdito obediente á mi Rey. (*Wentworth se dirige hácia el salon de las sesiones en medio de los murmullos del pueblo.*)

*Oliv.* (*Acercándose á Pym.*) No me decíais hace poco que este Wentworth hablaba bien?

*Pym.* (*Desconsoladamente.*) Sí, muy bien. Pero vos le habeis oido, ¿qué os parece?

*Oliv.* Soy de vuestra misma opinion; es un gran

orador, no esperaba yo tanto de él.

*rm.* Ni yo tampoco, lo confieso.

*liv.* Me ha asombrado.

*rm.* Lo creo.

*liv.* Es un gran tribuno, como vos me habeis dicho.

*rm.* Yo no he dicho eso.

*liv.* Perdonadme, amigo, no há mucho que me habeis encomiado su elocuencia....

*rm.* ¡Hum! En las cámaras hay tantas especies de elocuentes.

*liv.* No habeis observado con qué calor ha hablado de los derechos....

*ym.* ¿Del pueblo?

*liv.* No, de los del Rey.

*ym.* Es un hombre digno del oprobio público; se ha vendido.

*liv.* Yo creo que os engañais; aun anda en busca de un buen precio; está de venta.

*rm.* ¿Y á quién creeis que pertenecerá luego? ¿Al pueblo ó al Rey?

*liv.* Como todos los de su clase: al que le nombre ministro.

*ym.* Es que el Rey solo tiene poder para nombrarle.

*liv.* Pues bien; entonces se venderá al Rey.

*ym.* Sí: pues entonces infeliz de él y de Cárlos I.

*liv.* ¡Silencio! aquí se acerca S. M.

*rm.* ¿Conocíais al Rey?

*liv.* He sido presentado á él por su gracia, Lord Buckingham.

*rm.* ¡Ah! es decir que sois amigo de su gracia.

*liv.* Yo no soy amigo de nadie, señor mio. (*Un Ugier que viene por el lado de la cámara de los Lores.*) Plaza al Rey. (*A un hidalgo empol-*

*vado y en traje de camino, que se halla en primer término, entre los del pueblo, y que le estorba el paso.)* Plaza, ¿no lo ois?

*Hidalgo.* Es preciso que yo hable á S. M.

*Ugier.* ¿Quién sois?

*Hidalgo.* Sir Thomas Lokart, baron.

*Ugier.* (*Cediéndole el paso.*) Teneis derecho.

*Oliv.* (*A Pym.*) Eso es, todo noble tiene derecho de hablar al Rey en cualquier parte, con tal que lo haga con la rodilla en tierra y la cabeza descubierta.

*Ugier.* (*Continuando.*) Plaza, señores, aso.

## ESCENA III.

DICHOS. CARLOS. BUCKINGHAM. LORES.

*Cárlos.* (*Hablando apoyado en el brazo de Buckingham.*) Nada temas, Buckingham, si no puedo mantenerte en el ministerio, irás á Francia de embajador. ¿Qué te parece?

*Buckin.* Que si no fuera por el pesar de dejaros, solicitaria de rodillas ese encargo. Mis amores están en Francia.

*Hidalgo.* (*Con la cabeza descubierta, é hincada la rodilla en tierra.*) ¡Señor!

*Cárlos.* (*Volviéndose sobresaltado.*) ¿Qué hay? ¿Qué me quereis?

*Hidalgo.* Hace un instante que he llegado de Devonshire.

*Cárlos.* (*Mirándole de pies á cabeza.*) Fácil es adivinarlo por las trazas.

*Hidalgo.* Perdonad, Señor, si vengo á hablaros con botas y espuelas, cubierto de polvo y lodo; he tenido que atravesar la Inglaterra á galope

para no perder un instante, porque no habia un solo instante que perder.

*Cárlos.* Segun parece, Hidalgo, se trata de asuntos muy urgentes.

*Hidalgo.* Sí, urgentes á la par que sagrados, porque se trata de vuestro honor, Señor, de la dignidad de la corona: se trata de sostener el triple derecho que recibísteis del cielo, divino, natural y positivo.

*Cárlos.* ¿Y podré saber quién se toma tan gran interés por mi honor y por la dignidad de la corona?

*Hidalgo.* Vuestra nobleza de Devonshire, de la cual soy diputado, Señor; os suplica con la cabeza descubierta, como debe, hincada la rodilla en tierra, como me veis; en nombre de los Reyes de Inglaterra, que fueron vuestros abuelos y en nombre de los Reyes de Europa, que son vuestros hermanos, que hagais valer vuestros derechos, que son los suyos, que no transijais con los que intentan violentaros, y que desecheis el bill qne os proponen.

*Cárlos.* Quedo muy agradecido á mi nobleza de Devonshire del cuidado que se toma por mi honor y el suyo; pero por diligente que hayais andado no habeis sabido llegar á tiempo.

*Hidalgo.* ¿Qué decis, Señor?

*Cárlos.* Digo que el bill está ya firmado.

*Hidalgo.* ¡Oh! eso no puede ser, ni lo habeis hecho. Cárlos I. no puede haber hecho semejante cosa. Señor, os estais burlando de un *noble* pobre, pero honrado.

*Cárlos.* Sabed, Hidalgo, que yo no me burlo nunca, y mucho menos en este momento.

*Hidalgo.* Pero la Chancillería aun no habrá estam-

pado su sello en ese bill: quizás no ha salid de vuestras manos. Señor, todavía podeis volve por vuestro honor, rompiendo ese bill y arro jándole á las llamas.

*Cárlos.* Sí por cierto; si vos quereis encargarc de sacársele al presidente de la cámara baja, qu en este momento le está leyendo en alta voz ant los diputados.

*Hidalgo.* Está bien, todo se acabó ya. (*Levantán dose y cubriéndose.*)

*Cárlos.* ¿Qué haceis?

*Hidalgo.* Ya lo veis.

*Cárlos.* Os olvidais de que estamos en Inglaterra y no en España, y de que en los tres reino solo Sir Enrique Howard, conde de Surrey, tie ne derecho para cubrirse ante Nos?

*Hidalgo.* Por eso mismo os he dirigido la palabr de rodillas y con la cabeza descubierta, mien tras creia hablar con el Rey?

*Cárlos.* ¿Y con quién creeis que estais hablando ahora

*Hidalgo.* El Rey es el que manda, y no el qu obedece: en Inglaterra ya no hay mas Rey que el pueblo; que venga el presidente de la cáma ra de los Comnnes, y me descubriré delante de él, pero delante de él no mas.

*Cárlos.* Eso es lo que vamos á ver. (*Dando un paso.*) Al suelo el sombrero, Hidalgo. (*Dando otro paso.*) Ese sombrero, digo! Afuera, mal caballero. (*Le tira el sombrero de un golpe.*)

*Ugier.* (*Llamando.*) El coche de S. M.

*Buckin.* (*Siguiendo al Rey, y pasando por delante del Hidalgo.*) Ahora podeis poneros el sombre ro, el Rey ha pasado ya.

*Hidalgo.* Gracias, Milord, estaba baciendo un voto.

*Buckin.* Puedo saber cual? (*Volviéndose.*)

*Hidalgo.* El de no cubrirme sino delante del cadáver de Cárlos Estuardo.

*Buckin.* Vuestra accion ha sido de demente, y vuestra amenaza de rebelde. En nombre del Rey os mando que salgais al punto de Inglaterra.

*Hidalgo.* Decid á Cárlos que pida á Dios que yo no vuelva á venir á ella.

*Buckin.* Capitan de Guardias, sois el encargado de la pronta ejecucion de esta órden. Venid, Milores, el Rey nos aguarda en Withe-Hall. (*Buckingham váse por la puerta del foro. El Capitan de Guardias se lleva al Hidalgo por una puerta lateral. Oyese gritar al Ugier.*) El coche de su gracia Lord Buckingham.

*Pym.* Vamos, (*Acercándose á Oliverio.*) amigo, ¿qué decis de todo esto?

*Oliv.* Que es por cierto un espectáculo muy curioso para un observador. Teníais razon, los partidos se han vuelto hombres.

*Ugier.* (*Volviendo y dirigiéndose á Pym.*) Sabeis dónde pára Sir Thomas Wentworth?

*Pym.* (*Aparte.*) Un pliego con las armas reales! (*Alto.*) Qué le quereis?

*Ugier.* Este pliego....

*Pym.* (*Cogiéndole.*) Bien está, voy á dársele yo mismo.

*Ugier.* Pero advertid que....

*Pym.* (*Precipitadamente.*) Nada temais.... (*Al salir se encuentra con Sir Thomas que viene de la cámara.*) Ah! esto es para vos.

*Went.* Mil gracias; pero cómo es que este papel se halla en vuestras manos?

*Pym.* Porque se le he arrebatado al Ugier que debia entregárosle.

*Went.* Y por qué habeis hecho eso?

*Pym.* Para saber antes que ninguno cuánto dinei vale una conciencia de diputado como vos, y Cárlos I hace las cosas con la magnanimida de Rey.

*Went.* Algun dia me acordaré de lo que ahora decís

*Pym.* La Inglaterra no olvidará tampoco lo que ha ceis, Milord.

*Went.* (*Despues de haber leido.*) Señores, desd este momento ceso de ser miembro de la cámar de los Comunes. (*Murmullos de admiracion.* El Rey nuestro Señor ha tenido á bien nom brarme Baron de Wentworth, de Newmarsh y d Oversly.

*Elliot, ó Dudley.* Qué os parece, Sir Dudley?

*Dudley.* Que es un escándalo!

*Selden.* Una mengua!

*Elliot.* Tres dignidades por una apostasía.

*Went.* (*Queriendo hablar.*) Ingleses!....

*Pym.* (*Acercándose bruscamente é interrumpiéndole.*) Eh! silencio, señor Baron de nuevo cuño, ya sabemos qne hablais bien. Mas vale qu escucheis un consejo, porque en la Córte, paí de oropel y mentira, nadie os le dará. Ayer te níais al pueblo en favor vuestro, y era vuestr amigo; hoy está contra vos, es vuestro adversario; cuidad de defenderos bien, porque el pueblo inglés lucha sin cansarse con los ministros, y los perdona rara vez. Como parte del pueblo, yo os observaré, Milord; os lo juro, y podeis creer en mi palabra: desde este dia uno de nosotros pertenece al otro. Marchad en buen hora á Withe-Hall, Milord! marchad á conspirar con los opresores del pueblo: yo os aguardo aquí, en Westminster, entre los defensores de un pueblo que quiere ser libre.

*Went.* Con que, segun parece, ese es un reto.

*Pym.* Es un duelo á muerte.

*Went.* Señalad la época.

*Pym.* Os la diré el dia en que la cámara de los Comunes se declare constituida en tribunal de justicia.

*Went.* Pues es un plazo algo vago.

*Pym.* Es que es dificil fijar con precision el tiempo que se necesita para construir un cadalso sólido en la plaza de Tower-Hill.

*Went.* Ah! con que tendrémos cadalso?

*Pym.* No me gusta repetir las cosas, Milord.

*Went.* Muy bien: gracias por la prediccion, aunque quiero advertiros que no creo en profetas. En fin, sabed que aun cuando tengais por testigo al pueblo, y por padrino al verdugo, me vereis pronto á entrar en la lid en defensa del Rey, y á presentar mi pecho el primero contra la espada, ó mi cabeza bajo la cuchilla. Hasta entonces adios.

*Pym.* (*Mirando al pueblo que le sigue.*) Esto es; sal en silencio, tú que entrastes aquí victoreado por todo ese pueblo! tu séquito se compone de los mismos hombres, pero no de los mismos corazones. Los labios que enmudecieron despues de las aclamaciones, no volverán á desplegarse mas que para prorrumpir en amenazas. Ay de tí, infeliz! (*Volviéndose.*) Ah! aún estais vos aquí?

*Oliv.* Sí, he querido ver el principio de la tragedia, cuyo desenlace presagiásteis hace poco.

*Pym.* Y os parece que me he engañado?

*Oliv.* En un punto únicamente.

*Pym.* Cuál?

*Oliv.* Digísteis, si no me engaño, que habría un cadalso?....

*Pym.* Sí.

*Oliv.* Pues bien! en eso está el error.... —No habrá un cadalso: habrá dos.

FIN DEL PRÓLOGO.

# ACTO PRIMERO.

## CUADRO PRIMERO.

## 1640.

En White-Hall en la cámara del Conde de Straffort. Puerta al fondo; otra oculta á la derecha; á la izquierda cerca del proscenio se supone estar la entrada de un corredor cubierta por un tapiz. Al lado habrá una ventana.

### ESCENA PRIMERA.

*Straffort seguido por Annesley, que trae en las manos una luz, y un legajo de papeles.*

*Straf.* Por fin llegué!.... Colocad las luces sobre la mesa, y acercad ese sillon.... No ha traido ningun correo la noticia de que yo debia llegar de un momento á otro?

*Annesl.* Ninguno, señor.

*Straf.* (*Aparte.*) Butler se ha retardado. Vamos, le aguardaré.

*Annesl.* Milord, estará cansado?

*Straf.* (*Sentándose.*) Sí, Annesley. Pero todo ello sería poca cosa, si no hubiese tenido que dejar el ejército por el parlamento.... Me hallaba en el Norte á la cabeza de mis tropas espiando á la Escocia y á la Irlanda. Allí el so-

nido de las armas, y aquel ruido de guerra me distraía...! En vez de esto tendré que sufrir aquí la parla insufrible de los abogados, las rencillas de la cámara, y quién sabe?.... el ruido de mis vidrios rotos á pedradas, si llego á hablar mal de algunos miserables que no me quieren muy bien, tales como el Conde de Rothes, ó el caballero Clotworthy.... Pero el Rey lo ha querido así, y mi deber era abandonarlo todo.... Aquí me tiene ya.... Venga lo que quiera!.... Qué hora es?

*Annesl.* Las nueve de la mañana.

*Straf.* Necesito lo menos dos horas para desembrollar esos papeles.

*Annesl.* Milord, no os ha acompañado en el viage vuestro nuevo secretario Mr. Butler?

*Straf.* Nó, pero le aguardo hoy mismo. Viene por distinto camino, porque tenía que detenerse en Durham. Se ha encargado de traerme noticias del cuerpo de ejército que manda el mayor Smith. Ha habido por allí un encuentro, y si nuestras tropas han cumplido con su deber, á estas horas Durham debe ser nuestro.... — Ese Butler es un valiente inglés! yo mismo se le he recomendado al Rey. Me avisareis de su llegada al punto; no lo olvideis. (*Annesley saluda, y vá á marcharse.*) Ah! Annesley, ahí fuera aguardará un oficial irlandés; no puedo daros las señas con precision, porque rara vez lleva el mismo trage; pero preguntadle si se llama Goring.... y si responde que sí, hacedle entrar.

*Annesl.* Por esta puerta? (*Señalando á una puertecita secreta á la izquierda del espectador.*)

*Straf.* Nó. Ya sabeis que esa es la puerta por donde entra el Rey, y podríais encontraros con él en

el corredor. No quiero que S. M. vea á ese hombre.... Le hareis entrar por esa otra. (*Señalando la puerta del fondo.*) (*Váse Annesley.*)

## ESCENA II.

STRAFFORT *hojeando los papeles.*

Goring lo sabe todo.... ó al menos debe saberlo todo, porque para eso le pago.... quizás me contará alguna cosa interesante.... Mientras viene registremos todos estos informes.... «San Juan, »Elliot, Strode, Selden!" Siempre conspirando!... (*Recorre los papeles.*) Revolucionarios por dó quiera.... Oh! cómo me aborrecen estos hombres! «M. Pym" este, este sobre todo. Continuemos: «Entre ellos hay tambien un tal Wi»lliams, ú Oliverio d' Huntingdon, diputado de. »los Comunes por el condado de dicho nombre... »aventurero con pretensiones de hidalgo." Y que se ha de ver comprometida la Magestad por semejantes hombres! A dónde irémos á parar de este modo? ¡qué será de nuestro desgraciado país? Dios mio! «Es un original que habla me»jor el latin que el inglés; disputador eterno, »porque es sábio, y al propio tiempo muy religio»so: es lo que se llama un santo. Autor de folletos »realistas y parlamentarios á la par; de la *Sa»maria inglesa* y del *Proteo puritano.*" Aquí están los dos libelos. «Dícese que tiene un amigo' »con el cual se embarcó para Francia hace tiem»po, llamado Sir Roberto Cutler!" Yo conozco este nombre....: si será el Cutler del condado de Yorck? «Durante este viage ha tenido re»laciones con una jóven del pueblo, llamada Sara

»Mursel, que vivía hace un año en París, y »ahora se encuentra en Lóndres en una casa de »Lincoln's-Ynn." Pero qué significan todas estas tonterías: Goring quiere divertirse conmigo contándome chismes caseros. De dónde ha ido á sacar estos insulsos apuntes? Ah! aquí viene.

## ESCENA III.

STRAFFORT. OLIVERIO.

*Straf.* Os estaba aguardando; entrad.

*Oliv.* Aquí me teneis, Milord.

*Straf.* (*Levantándose.*) Qué veo?.... No es Goring!.... Qué quereis, caballero?.... Vos no sois el que esperaba.

*Oliv.* Lo sé, Milord.

*Straf.* Pues no os han preguntado si érais Goring?

*Oliv.* Sí, y he respondido qne era yo.

*Straf.* Y por qué habeis fraguado ese embuste?

*Oliv.* Porque tenia tanto deseo de veros, como vos teneis de ver á Goring.

*Straf.* Y habeis pedido una audiencia.

*Oliv.* No lo he hecho, porque hubiérais tardado mucho en concedérmela.

*Straf.* Pero bien sabíais que en cuanto os presentáseis se descubriría vuestro engaño.

*Oliv.* Es cierto; pero tambien sabía que no se descubriría el engaño hasta que hubiese entrado, y que luego que hubiese entrado....

*Straf.* Acabad....

*Oliv.* Tendríais que escucharme, Milord, porque tengo muchas cosas que deciros.

*Straf.* Y antes de todo, quién sois?

*Oliv.* Oliverio d' Huntingdon, miembro de la cámara de los Comunes.

*Straf.* Ah! (*Volviéndose á sentar.*) Hablad.

*Oliv.* Ya veis que era inútil el que yo os pidiese una audiencia.

*Straf.* Bien. Qué es lo que quereis de mí?

*Oliv.* Un empleo civil, un grado militar, ó un beneficio eclesiástico; una pluma, una biblia ó una espada; lo que gusteis. No os quiero mas que eso.

*Straf.* Y os creeis apto para desempeñar cualquiera de esos tres destinos indiferentemente.

*Oliv.* Como que hace quince años que estudio para poder desempeñar uno de ellos.

*Straf.* Sois noble?

*Oliv.* La hidalguía de mis antepasados se remonta hasta Enrique VIII, y Milord Keepper, obispo de Lincoln es primo mio. Hace diez y siete años que recibí el bonete de maestro en artes, cuando salí de la universidad. Por aquella época me predijo un tal Brim que sería uno de los mas firmes apoyos de la iglesia cristiana!.... pero fué error sin duda por no decir impostura. Sin embargo siempre tengo presente aquella prediccion, y hoy mas que nunca, Milord, porque solo de vos depende el que se realice.

*Straf.* (*Sonriéndose.*) Y sois tan diestro en el arte militar como en la ciencia escolástica?

*Oliv.* Por lo menos sé todo lo que debe saber un soldado, Milord; he aprendido en Francia el modo de llevar airosamente una espada, y en Inglaterra el modo de manejarla con brío: me hallé con Lord Buckingham en el sitio de la Rochela, y en él pereció á mis manos el Baron de Chantal. He estado en la toma del fuerte de la Estrella, á las órdenes de Guillermo de Nassau, y tuve la gloria de plantar nuestra ban-

dera en la muralla; por esta accion merecí que Federico de Orange me vaticinase que llegaría á ser un gran capitan.... Pero sin duda el Dios de los ejércitos no ha hecho caso de la prediccion, porque el príncipe de Orange se engañó, como se habia engañado el astrólogo Brim.

*Straf.* Entonces sería aventurado el dudar que no estuviéseis tan instruido en política como parece lo estais en el manejo de las armas.

*Oliv.* Milord, solo os diré que he tenido en Francia un grande amigo que me honraba con su aprecio, y que fué mi maestro en política. Era el cardenal de Richelieu: tambien ese llegó á anunciarme que yo sería en Inglaterra lo que él es en Francia. Pero sin duda Richelieu se ha engañado como se engañó el príncipe de Orange, como se engañó el astrólogo Brim, y como yo mismo me engaño algunas veces que llego á figurarme que seré algo.

*Straf.* Y de esas tres carreras, ¿hácia cuál tenei mas inclinacion?

*Oliv.* Hácia ninguna; os he dicho que me creias apto, pero no os he dicho que las tuviese inclinacion. ¿Os sonreis, Milord? pues yo tiemblo; me asusta mi suerte venidera; creo que el destino me tiene reservado el figurar en primer lugar en grandes sucesos, y por eso quisiera que vos me hiciérais cambiar de suerte, y si es posible me alejárais de mi país.

*Straf.* Vuestros presagios parecen amenazas.

*Oliv.* No amenazo, Milord, sino que conozco que es llegado el instante, en que se vá á decidir de mi suerte. He recurrido á todos los medios para apagar esta sed de ambicion que me devora, y siempre inútilmente. Hampdem y Pym son mis amigos

íntimos. ¿Ignorais que Hampdem fué el primero que se negó á pagar el impuesto? ¿Ignorais por ventura que fué preso por órden del Rey, y puesto en libertad por órden del pueblo? Pues ese Hampdem es mi amigo, Milord, como tambien lo es Pym, y ambos os aborrecen. Ambos son los órganos del pueblo Milord, temed que yo llegue á unirme á ellos, y si podeis impedirlo, creedme, no dejeis de hacerlo, porque os conviene mucho que yo sea vuestro amigo.

*Straf.* Ya veis que he dado pruebas de paciencia, pues os he escuchado tan largo tiempo: ahora voy á demostraros que aun cuando he estado muy lejos de Lóndres, no por eso desconozco á los de vuestro partido, ni ignoro lo que valen. Vuestro amigo John Hampdem es un hombre lleno de probidad, pero fanático y demente, es un republicano prematuro, que si algun dia llega á tomar ascendiente sobre el pueblo, llegará á desarmar el poderoso brazo de la monarquía. Pym es un hipócrita, un ambicioso, hechura del conde de Bedford: mísero representante de la mísera aldea Tavistock: por último, es un triste abogado que no teniendo ninguna causa que defender, se ha metido á defender la del pueblo; y que en cuanto se le sepa tapar la boca, defenderá la causa del Rey como ha defendido hasta ahora la del pueblo. En cuanto á vos, que no sabeis aun si sereis un fanático como Hampdem, ó un intrigante como Pym, vais dando ya pruebas de no ser ni uno ni otro, sino de llegar á ser quizás un traidor.

*Oliv.* ¡Milord! (*Dando un paso.*)

*Straf.* ¡Oh! yo os he escuchado hasta el fin, conque escuchadme á mí tambien: voy á enseñaros pruebas. Aquí teneis dos libelos, que se venden pú-

blicamente en Lóndres, y que insultan á dos M gestades; á la del Rey, y á la del pueblo. El qu insulta al Rey, se titula la *Samaria inglesa*. I invectiva contra el parlamento tiene por título *Proteo puritano*. Sin duda conocereis al autor d estos folletos; yo tambien. Si me preguntais cua será su recompensa, solo podré deciros que un de dos, porque para tan infames libelos no ha mas que dos contestaciones, ó la hoguera del ver dugo, ó la mofa de la Inglaterra entera.

*Oliv.* ¿Y qué quereis decirme con eso?

*Straf.* Nada. Os parece que para obtener un grad de oficial os recomiende al Rey como autor d la *Samaria inglesa*?

*Oliv.* ¿Cómo?

*Straf.* O quereis mas bien que para asegurar de todo vuestra posicion política en la cámara baja, envie á M. Hampdem, vuestro pariente, y á vues tro amigo Pym, un ejemplar de vuestro *Protec puritano*?

*Oliv.* Milord.

*Straf.* Es cierto que aun os quedará el recurso y la esperanza de obtener en la carrera eclesiástic alguna prelacion ó cardenalato. Milord Keepper e primo vuestro, y seria un gran protector; per ¿creeis que os concederia su proteccion, si supie se cierta aventura que os acaeció en Francia con una....? Vos lo sabreis mejor que yo sin duda, por que tengo mala memoria; con una tal.... Sara Mur sel, así se llama, ¿no es cierto?

*Oliv.* Basta ya, Milord. Es cierto que existen esos folletos, pero sin nombre de autor, y pueden atri buírselos á cualqniera; bien os atribuyen á vos las desgracias de la Inglaterra... así como cualquie ra puede negar tambien que es su autor. En cuanto

; esa jóven que vos llamais Clara ó Sara Mursel, egun creo que habeis dicho.... es tambien cier- o que la he conocido en Francia, porque he vi- vido en casa de una tia suya.... la he visto y la he hablado como se habla con todo el mundo.... pero desde entonces no sé lo que ha sido de ellas.

*raf.* Yo os lo diré. Esas dos mugeres están desde yer en Lóndres y viven en una casa de Lincoln's- Ynn.

*iv.* ¡En Lóndres! (*Aparte.*) ¡Sara ha venido á Lón- dres!.... Imprudente! (*Annesley sale muy agitado, y se acerca con aire misterioso á Straffort.*)

*raf.* Qué quereis? (*Volviéndose.*)

*nnesl.* ¡Milord!

*raf.* Decid presto.

*nnesl.* Ya han llegado las noticias que aguardá- bais del ejército.

*raf.* ¿Es un correo?

*nnesl.* Butler en persona.

*raf.* ¡Butler!

*nnesl.* Viene de Durham.

*raf.* Ah! viene á anunciarme nuestra victoria sin duda.... hacedle entrar. Pero si me engañase, y en vez de venir á participarme una victoria.... (*Mirando con recelo á Oliverio.*) No, no de- bo recibirle aquí: yo mismo iré. (*A Oliverio.*) Tened la bondad de aguardar un instante: vuelvo al punto. (*Váse.*)

*liv.* Aquí espero, Milord.

## ESCENA IV.

OLIVERIO *solo*. (*Se sienta.*)

En vano le he pedido la paz. Lo que quie
es guerra á muerte. ¡Pobre insensato! Sabe q
yo he escrito esos dos folletos: sabe que Sa
Mursel ha venido á Lóndres, é ignora que
vez en este mismo instante, Pym y Hampdem
acusan de traicion en alto grado ante la cáma
de los Comunes. Milord, tu policía que todo
sabe, no ha olvidado mas que una cosa, au
que de poca importancia en verdad, y es que
cabeza corre riesgo. Oigo ruido en esta puerta..
¡qué veo!.... no me engaño.... ¡es el Rey! el Re
Cárlos I.

## ESCENA V.

OLIVERIO. CARLOS.

*Cárlos*. Mê habian dicho que estaba aquí.... dónd
está Straffort? (*A Oliverio.*)
*Oliv*. Acaba de salir en este momento, señor.
*Cárlos*. ¿Y sabeis cuánto tiempo hace que ha llegado
*Oliv*. Una hora poco mas ó menos.
*Cárlos*. Vos sois sin duda Butler, el secretario qu
me ha recomendado? (*Dándole un papel*) Tened
*Oliv*. La letra es de Milord.
*Cárlos*. Sacadme al punto una copia: la necesito e
el acto: aquí aguardo. (*Se sienta en el bufet
de Straffort, y hojea los papeles.*)
*Oliv*. (*Leyendo.*) ¿Qué es esto? ¡es la Providenci
la que hace venir á mis manos este papel! ¡Oh
¡creo que sueño!.... no, no me engaño. (*Se sien*

*a, y lée al paso que escribe.*) «Los Gefes del
» ejército real enviado contra los escoceses han
» sido instruidos de las culpables tentativas de la
» cámara baja del parlamento inglés contra los
» sagrados derechos del Rey, el cual los tiene de
» Dios, y han resuelto coaligarse para protestar
» desde luego abiertamente, y armarse en seguida
» si fuese necesario, contra tan criminales intentos:
» el ejército está pronto á sostener la causa del Rey
» contra el parlamento británico, y en prueba de
» ello vá firmada esta declaracion por sus princi-
» pales gefes y oficiales. Dios proteja el covenant
» del Rey. *Firmado.* Straffort." Oh! Pym!
Pym! Si tuvieses esta prueba en tu poder para
hacer valer tu acusacion. (*Se levanta, y pre-
senta al Rey el original y la copia de la carta*)
*irlos.* (*Tomándolos y doblando la carta original.*)
¿Conoceis á un tal Goring?
*liv.* Sí señor: es un oficial del ejército real?
*irlos.* El mismo. Straffort me ha dicho que nos
podemos fiar en ese hombre.
*liv.* Si Milord lo ha dicho, debe ser cierto.
*irlos.* Pues bien, id inmediatamente y entregad-
le esta carta.
*liv.* Yo!
*árlos.* Le direis que es de vuestro señor, y que os
la he dado yo mismo; que mando que salga in-
mediatamente para Escocia, sin descansar ni de
dia ni de noche hasta que se reuna con el ejército.
Decidle que entregue este pliego al conde de No-
thumberland, que ha quedado encargado interina-
mente del mando en gefe del ejército en lugar de
Straffort. El conde está ya avisado, y sabe lo que
debe hacer. Despachad.
*liv.* Señor! Señor!.... el cielo os guarde. (*Váse.*)

## ESCENA VI.

CARLOS *solo.*

Straffort tiene razon. Verémos que es lo que dic
los miserables tribunos del pueblo cuando lo
esta protesta clavada en las puertas de Westmi
ter, y firmada por mas de mil oficiales y ge
del ejército. Si lo que no es probable, la rebeli
persiste, entonces el ejército está comprometid
y sostendrá la causa que ha jurado defender. O
ese partido de los presbiterianos es temible;
bandera del pueblo quiere ondear triunfante ar
la bandera del poder real. Miserable bandera, fo
mada de hojas de la Biblia y de harapos encarn
dos.... Bien se deja conocer por su color que
sido hecha con la toga de un cardenal, y que R
chelieu es el que la ha dado ese color de púrpu
á fuerza de sangre.

## ESCENA VII.

CARLOS. STRAFFORT. (*Muy agitado.*)

*Straf.* (*Acercándose al Rey.*) Ya veis que no
tardado, amigo.
*Cárlos.* (*Volviéndose.*) Straffort!
*Straf.* El Rey! S. M!
*Cárlos.* (*Abriéndole los brazos.*) Straffort! querid
Straffort! (*Straffort le besa la mano y mira al r
dedor.*) Pero, qué teneis? qué buscais?
*Straf.* Nada, señor, nada, (*Mirando otra vez.*) nad

*Cárlos.* ¡Ah Milord, cuánto deseaba vuestra llegada! me hacíais suma falta. Por qué habeis tardado tanto tiempo en venir?

*Straf.* Señor, era preciso reparar el descalabro de Newburn, y desquitarnos victoriosamente con las tropas de Lesly. Eso es lo que he hecho, y por lo que no he venido antes á Lóndres.

*Cárlos.* Apruebo esa conducta, Milord.

*Straf.* Por desgracia un nuevo desastre....

*Cárlos.* ¿Qué decís?

*Straf.* Acabo de saber que Durham está en poder de los Escoceses.

*Cárlos.* Volverémos á apoderarnos de él, no es verdad, Milord? Lo esencial ahora, es que esteis aquí á mi lado, porque en este momento tengo mas necesidad del auxilio de vuestra cabeza que del de vuestro brazo, y me dan menos que temer los revoltosos de Escocia que los rebeldes de Lóndres.

*Straf.* La bondad de V. M. ha dado lugar á su insolencia, y á que se atrevan á desafiarnos con ademan amenazador.

*Cárlos.* Nosotros harémos que bajen el tono y dejen ese ademan. (*Apoyándose familiarmente sobre el brazo de Straffort.*) Ya te acordarás de aquella protesta queme enviaste para el ejército?

*Straf.* Sí señor.

*Cárlos.* Pues en este momento está caminando para Escocia.

*Straf.* Y supongo que V. M. no habrá entregado un papel de tanta importancia mas que á alguna persona de la mayor confianza.

*Cárlos.* Me parece que no podia escoger persona mas adicta y segura que tu secretario.

*Straf.* Mi secretario!

*Cárlos.* Sí, tu secretario Butler, el que tú me has

recomendado: le he encontrado aquí mismo ho jeando esos papeles....

*Straf.* Cielos! señor, esplicaos por piedad, porqu tengo una sospecha terrible.

*Cárlos.* Digo que he encargado á un hombre que s hallaba aquí, y que era tu secretario, que llevas de mi parte la protesta á Goring, dándole órde de salir al instante para la frontera de Escocia.

*Straf.* Oh! sin duda la maldicion persigue á la des graciada Inglaterra.... ¡Plegue al cielo que yo sol sea la víctima de vuestra ciega confianza!

*Cárlos.* Qué dices?

*Straf.* Que ese hombre que habeis tomado por m secretario, y á quien habeis confiado un secret de estado mortal... porque lo es, ese hombre, digo es un enemigo, un rebelde, un cólega de Pyn y Hampdem, un parlamentario en fin.

*Cárlos.* Qué oigo?

*Straf.* (*Cogiendo los folletos.*) Tenia su honor en tre mis manos, señor, é iba á entregarle al vilipen dio de la Inglaterra, pero vos habeis puesto mi vi da entre las suyas, y habrá ido á pedir mi cabeza

*Cárlos.* Tu cabeza! oh! qué es lo que dices, Straffort No sabes que para conseguirlo, es preciso mi con sentimiento real? Ah! maldecida confianza, qu siempre me ha perdido!

## ESCENA VIII.

DICHOS. GORING. (*Pálido y desatalentado.*)

*Goring.* Milord! Milord! (*Advirtiendo en el Rey.*) ¡Ah! perdonad, señor.

*Straf.* Hablad, qué hay?..., hablad presto.

*Goring.* Milord.

*Straf.* (*Con mucha serenidad.*) El Rey os manda que hableis, Goring; obedeced.

*Goring.* Milord, en la cámara baja hay un grande alboroto; Pym os ha acusado de alta traicion contra el pueblo.

*Cárlos.* De traicion! quién? Straffort!

*Straf.* Continuad, Goring.

*Goring.* Pero esta acusacion iba á ser desechada por la mayoría de los Comunes....

*Cárlos.* Ya ves que aun hay hombres de honor en Inglaterra.

*Straf.* Dejadle acabar, señor.

*Goring.* Cuando entró el llamado Oliverio precipitadamente, y pidió la palabra.

*Cárlos* Oliverio!....

*Goring.* Entonces leyó en alta voz una protesta dirigida al ejército, firmada por vos.... y sellada con el real sello.... una proclama ó cosa semejante.... en fin, nadie quiso creerle.... pero se levantó, y fué á depositarla sobre la mesa.... todos han reconocido vuestra letra, Milord.

*Straf.* Y por último.

*Goring.* El orador ha declarado que la cámara de los Comunes quedaba constituida desde aquel momento en tribunal. Ha dado órden de hacer salir de la cámara á los que no fuesen miembros de los Comunes y de cerrar las puertas de Westminster.

*Straf.* Ya lo oís, señor, no me habia engañado.

*Cárlos.* Tenias razon: Dios ha lanzado su maldicion sobre la Inglaterra....pero no temas, Straffort, tus enemigos no se atreverán á votar un bill de acusacion, y ademas, qué es el parlamento? una asamblea de facciosos que yo puedo disolver dando órden de levantar la maza de plata de la mesa de la cámara.... ¿ Crees por ventura que ese ce

tro puede contrastar el poder del mio? Animo, Milord; si la cámara baja os acusa, la cámara alta os prestará su apoyo. Haceos presente á los pares, y volved en seguida á mi lado; acordaos que soy vuestro Rey y amigo. Marchad, y si este es un choque entre la soberanía y el pueblo, espero que no vacilareis en admitir el desafio, y ser mi padrino.

*Straf.* Señor, yo entraré en la palestra antes que vuestra Majestad. Entre tanto, Dios venga en mi ayuda. (*Straffort besa la mano al Rey, y váse con Goring. El Rey sale por la izquierda.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

## CUADRO SEGUNDO.

Una casa de campo de Lincoln's-Ynn, en Lóndres.

### ESCENA PRIMERA.

SARA. MADAMA DAPPEL.

*Sara.* Tia mia, y cuándo me permitireis que le avise de nuestra llegada?

*Dap.* Cuando el abogado que he mandado llamar nos diga si las leyes de Inglaterra nos ayudarán para hacer cumplir á ese hombre sus juramentos. Te ha dado promesa escrita de casamiento.

*Sara.* Pero por qué recurrís á ese medio... Oliverio me ama, ó al menos parecia que me amaba, y espero conseguir mas con mi presencia y los gratos recuerdos que escitará en su corazon, que haciendo valer ese papel en que no hay escrita ni una sola palabra de amor.

*Dap.* Confiada! ignoras que no hay recuerdos que no se olviden? que no hay promesas que no se las lleve el viento?

*Sara.* Sí, sí; pero es que le recordaré el tiempo de nuestros amores; le haré suspirar de nuevo en pos de aquel tiempo en que éramos los dos tan dichosos; le traeré á la memoria nuestros paseos solitarios delante del castillo de Vincennes, cuya gótica mole contemplaba siempre meditabundo.

*Dap.* Sí, meditando en su política maldita! tú le decias: Oliverio, si supieras cuanto te amo; y él se

volvia hácia su amigo Cutler, le señalaba las torres de la prision real, y le decia: Cutler, no olvideis que á los ministros de los reyes no se los debe herir mas que en la cabeza... lo ois!

*Sara.* Es cierto que sus pensamientos se remontaban á veces tan altos como el águila en su vuelo y le transportaban al cielo; pero era un solo instante y al punto la política cedia el campo al amor.

*Dap.* Has olvidado que al paso que se aumentaba el amor que te tenia, fué entibiándose la amistad que le unia á Cutler?

*Sara.* No, tia mia; pero esa tibieza era muy natural. Sabia que Sir Roberto me amaba, y que desde la edad de trece años estábamos destinados uno á otro.

*Dap.* Poco tiempo despues dejaron de hablarse, y una mañana salieron al rayar el dia hácia Vincennes para dar una vuelta, segun dijeron; pero no volvió mas que uno solo...

*Sara.* No era él...

*Dap.* El que vino estaba herido.

*Sara.* De muerte.

*Dap.* Y espiró en nuestros brazos... el otro...

*Sara.* No volvió ya...

*Dap.* El otro era Oliverio, era el que le habia herido, y desapareció de París... habiendo cometido un perjurio y tal vez un asesinato.

*Sara.* Oh! no digais esas cosas.

*Dap.* La única palabra que pudo pronunciar Cutler al espirar, fué el nombre de Oliverio.

*Sara.* Sí, pero era para decir que no le acusáran de su muerte.

*Dap.* Pobre Sara, tú le quieres demasiado! Sin embargo, es preciso hacer cumplir á ese hombre lo que ha jurado: tú tienes una promesa escrita, yo

un secreto suyo; nos servirán de armas contra él en último caso. Por eso solo es por lo que he mandado llamar á un abogado. (*Oliverio aparece en el fondo.*)

*Sara.* Haceis muy mal, tia mia; mas valdria que le hubiéseis escrito nuestra llegada.

*Dap.* Para qué? mi carta no le hubiera hecho venir.

## ESCENA II.

DICHAS. OLIVERIO *que se acerca á ellas.*

*Oliv.* Ved como os engañais, Señora; aquí le teneis sin que le hayais llamado.

*Sara.* (*Corriendo á él.*) Oh! Oliverio! él es! tia mia, veis como me ama! es él!

*Dap.* Y cómo habeis averiguado...

*Oliv.* El como no hace al caso si ya me teneis aquí vos que dudais de todo, dudareis que yo sea yo? mirad como Sara no duda de nada y me abraza. Sí, querida Sara, soy yo, tu Oliverio. (*En voz baja.*) Pero escucha: tengo mil cosas que decirte; haz que tu tia nos deje un instante solos; es preciso que yo te hable.

*Sara.* (*Dirigiéndose á Madama Dappel.*) Tia mia! Querida tia! (*Acariciándola.*)

*Dap.* Sí, ya te entiendo... me retiraré; (*En voz baja.*) pero no le he de perder de vista, porque no quiero que se nos escape otra vez.

## ESCENA III.

OLIVERIO. SARA.

*Sara.* (*A Oliverio que se queda mirando salir á Madama Dappel.*) Por fin nos deja solos, Oliverio mio. Ven aquí. (*Le hace sentar á su lado.*) Dime, sientes placer en volverme á ver?

*Oliv.* Sí, Sara, en este momento me encuentro feliz, aunque no es esta, por cierto, la ocasion mas oportuna para vuestra venida á Inglaterra.

*Sara.* Qué dices? para mí ninguna ocasión es mala cuando se trata de verte! no anduviste tú muy escrupuloso en buscar ocasion de dejarme.

*Oliv.* Y qué queríais que hiciera? queríais qué me hubiese quedado en París, despues del lance que tuve con Cutler? Habeis olvidado el decreto de Richelieu sobre los desafios?

*Sara.* Luego es cierto... tuvísteis un duelo?

*Oliv.* Era preciso acabar con aquel hombre: era realista, papista, amigo del arzobispo Laud, y qué sé yo que mas!

*Sara.* Ah! con que es decir que no ha sido porque me amaba por lo que os habeis batido?

*Oliv.* Sí, sí, tambien por eso. En fin, maldita la gana que tenia de habérmelas con Richelieu, ni de subir al mismo cadalso y por la misma causa que Bouteville. Me hubiérais querido mas decapitado en Francia, que sano y salvo en Inglaterra.

*Sara.* Oliverio! vuestras palabras y vuestro tono encierran una ironía...

*Oliv.* No os lo niego, pero vos me perseguís tambien con un empeño que...

*Sara.* Yo, que es lo qué decís!

*Oliv.* Sí, vos, y justamente en el momento en que la rueda de la fortuna va á precipitarme á un abismo, ó á elevarme al poder, venís hácia mí para que sea vuestro marido.

*Sara.* Sí, porque sois el padre de mi hijo; solo he mirado eso al venir á buscaros, y no si teníais títulos ó dignidades; si no sois nada me tendré por dichosa en poderos elevar hasta mí; si sois poderoso mi orgullo se cifrará en descender hasta vos.

*Oliv.* Sara, sé que os adornan las virtudes de un ángel, pero mirais la tierra por lo mismo desde muy alto, y se os ocultan nuestras miserables rencillas y nuestras ambiciones ruines. He necesitado diez años para conseguir un puesto en el parlamento, y ahora necesito mil afanes para formar un partido y ponerme á su cabeza; juzgad si temblaré el que el capricho de una muger zelosa venga á desacreditarme con la secta rigurosa y severa á que pertenezco. Todos mis cólegas del parlamento son tambien puritanos, y así como yo observo á cada uno de ellos, ellos observan hasta mis menores movimientos. Ninguno de nosotros puede delinquir en la mas ligera falta sin verse deshonrado. Es un tiempo de terribles pruebas, Sara, y por lo mismo debeis conocer que vuestra presencia aquí me perjudica, que vuestro viaje puede perderme, y que debísteis no haber venido.

*Sara.* Sabeis que ese lenguaje me estraña sobremanera, y que es muy diferente del que usábais conmigo en París?

*Oliv.* Es que es preciso que recordeis que en París nadie teme ni á los puritanos ni al covenant; que allí teneis una Plaza Real, una Marion Delorme, una Ana de Austria; que allí está al frente del estado un rey débil que se deja guiar por un minis-

tro fuerte; es decir que todo se equilibra, y que un poder neutraliza al otro! por último, que en París se vive, y que aquí nos batimos...

*Sara.* Basta de escusas, Oliverio, conozco que quereis ser libre; yo todo lo puedo para haceros feliz, pero nada puedo para vuestra ambicion, lo conozco, y ese es mi pesar; pero no se trata de mí únicamente, se trata de mi hijo, al cual es preciso dar un nombre. ¿Olvidais que sois noble, Sir Oliverio, y que me habeis dado vuestra palabra de uniros conmigo?

*Oliv.* Lejos de olvidarla sé que teneis razon y que os he dado por escrito la palabra que decís; pero me es imposible cumplirla.

*Sara.* Y qué! seríais tan cruel que me rechazáseis despues de haberme seducido con falsos halagos? Seríais tan desnaturalizado que os mostráseis sordo cuando os hablo en nombre de lo que debiera ser para vos mas sagrado en el mundo? Oliverio, si fuese así, me obligaríais á dar un paso arriesgado, apelaria á las leyes de este pais, y si es preciso iria á mostrar vuestra promesa al mismo rey de Inglaterra. (*Sale Madama Dappell.*)

*Oliv.* No creais que son las amenazas las que me harán cambiar de resolucion; repito que teneis razon en lo que decís, Sara; pero yo tambien la tengo en lo que os he manifestado. Sed prudente y esperad... quizás con el tiempo. (*Movimiento de Sara.*) Por último si estais resuelta á atropellar por todo para lograr vuestros intentos, haced lo que gusteis; las leyes de este reino protegen á los extrangeros como á los mismos ingleses... Dirigíos al Rey, al ministro, y no dudeis de que conseguireis vuestra súplica, porque pertenezco á una secta perseguida, y me juzgarán tal cual me hubiesen

delatado. Adios. (*Vá á salir y Madama Dappel le detiene.*)

*Dap.* Una palabra, Señor mio?

*Oliv.* (*Impaciente.*) Qué me quereis?

*Dap.* Yo tambien tengo que hablaros en vuestro propio interés y en el de vuestras miras ambiciosas. (*Hace una seña á Sara, y váse ésta.*)

*Oliv.* Pues despachad.

*Dap.* Pero como soy una muger sin conocimientos en este pais, sin defensor, é ignorante de las leyes, no llevareis á mal que un tercero presencie nuestra entrevista. (*Llama.*) Es mi consejero, que si es preciso será mañana mi abogado. (*Al Criado.*) Decid que puede entrar. La presencia de ese legista os será sin duda muy grata, porque es uno de vuestros cólegas del parlamento, y aun creo que es de vuestros amigos.

*Oliv.* Qué veo! Pym aquí!

## ESCENA IV.

DICHOS. PYM.

*Dap.* (*A Pym.*) Ya sabeis, Señor, para qué asunto os he hecho venir; os he hablado de un compromiso grave, de una promesa de casamiento, no es verdad?

*Pym.* Sí Señora.

*Dap.* Pues tened la bondad de decirme vuestra opinion acerca de este asunto delante del Señor Oliverio que os está oyendo. Es vuestro cólega y no debe inspiraros desconfianza. Hablad y decidme qué proteccion me dan las leyes en este caso, y qué debo esperar de ellas.

*Pym.* Todo hombre que haya dado una promesa de

casamiento por escrito y sin haber mediado eng
ño ni violencia está obligado á ratificarla por c
samiento.

*Dap.* Y si se niega á hacerlo, en qué pena incurr

*Pym.* En la de prision.

*Dap.* Y cualquier funcionario público puede int
marle esa pena, no es cierto?

*Pym.* Sí, interinamente, y si lleva sobre sí la pr
mesa de casamiento.

*Dap.* En ese caso recurro á vos, como abogado
como parlamentario, para que llameis á un Cons
ble y hagais prender á este hombre, porque se ni
ga á cumplir esta promesa suya escrita y dada s
engaño ni violencia. (*Llamando.*) Id á avisar
un Constable de parte del Señor Pym, abogado
parlamentario, que le necesita para que desempei
las funciones de su cargo. (*Váse.*)

*Pym.* Es vuestra esta promesa?

*Oliv.* Vos conoceis mi letra y mi firma, con q
vedlo.

*Pym.* Y la dísteis sin engaño ni violencia?

*Oliv.* La dí por voluntad propia y con mi ple
consentimiento.

*Pym.* Pero os negais á cumplirla?

*Oliv.* No me niego: difiero.

*Pym.* Por qué causa?

*Oliv.* La causa solo se la diré á Sara; si despues q
la hubiese hablado insiste aún en querer ser m
muger, lo será.

*Dap.* (*Poniéndose en medio.*) Oh! no espereis er
gañarnos por mas tiempo. Os conozco ya: entr
tanto podríais sustraeros de la justicia huyendo
Francia, como huísteis de allí para venir á Ingl
terra. Oh! no, no! persisto en mi peticion; las l
yes están en favor mio y las invoco; os condena

así como no habeis tenido palabra conmigo, no ndré yo compasion con vos. Señor, en nombre e las leyes de Inglaterra, de que sois reprcsenite, os pido que mandeis prenderá este hombre.

*n.* El arresto que reclamais es imposible, Señora.

*.* Imposible! qué es lo que decís?

*n.* Yo no puedo ser en este caso mas que un onsejero vuestro y nada mas.

*.* Y nada mas, Señora; tiene razon, y podeis reerle: si estuviera en su mano el mandarme render os aseguro que lo haría con mucho gusto, o es verdad? (*A Pym.*)

*n.* Señor Oliverio!

*.* Eh! dejaos de esclamaciones, y confesad franamente que no os sabría mal el poder desembazaros de mí. Un enemigo vulgar no hubiera repaado en el caso, y hubiera atentado contra la seuridad de mi persona, lo creo muy bien. Pero os, Señor Pym, abogado y parlamentario, sabeis uuy á fondo lo inútil que hubiera sido tal tentaiva, y que los Constables hubieran venido en hoa menguada para ellos á poner sobre mí otra nano que la de la ley!

*m.* En efecto, sé que la persona de un diputado es inviolable; sea que se halle en la cámara, sea que se halle fuera de ella; y que esta prerogativa solo cesa en un caso.

*ip.* Cuál?

*m.* Cuando es acusado de asesinato ú homicidio.

*p.* (*De pronto.*) Y habiendo cometido ese crímen cesa de ser inviolable un diputado, no es verdad?

*m.* Sí Señora.

*ip.* Pues entonces prended á ese hombre: yo le acuso de asesino y homicida.

*Oliv.* (*Levantándose.*) Yo!

*Dap.* Sí, vos, porque habeis asesinado á Sir Robe Cutler, caballero Inglés, del condado de Yo

*Oliv.* Por Dios Santo que lo que decís es falso, s ñora! ese Roberto Cutler de que hablais ha mu to á mis manos en un desafio, pero le he mue defendiéndome y las armas eran iguales; am llevamos estoque y daga; si sucumbió á mis g pes no fué porque mi espada fuese mas larga mi daga mas aguda, sino porque Dios habia suelto su muerte, y Dios puede lo que quiere.

*Pym.* Es decir que os declarais culpable de muerte de ese noble?

*Oliv.* Yo no digo que soy culpable de su muerte, que digo es que le he dado muerte.

*Dap.* (*Á Pym.*) Pues bien, no olvideis la declarac que acaba de hacer; yo me encargo de prol que el acusado ha sido homicida; el acusado cuidará de probar que el homicidio fué á con cuencia de un desafio.

*Pym.* No le será muy dificil, porque sin duda l varían padrinos?

*Oliv.* No los llevamos, y esa muger que me ac sabe muy bien el motivo: no llevamos padri por no deshonrar á su sobrina. Mi duelo con Roberto Cutler fué un lance de honor, y ca cual se puso bajo la salvaguardia del honor d otro; yo le dí muerte como él hubiera podido d mela. Dios tenga en descanso su alma!

*Pym.* Siendo así me veo en la precision de prend ros hasta tanto que presenteis pruebas de lo q exponeis.

*Oliv.* Pues daos prisa... porque ya estoy harto disputar... con mugeres y con abogados.

*Pym.* (*Dirigiéndose hácia él.*) Señor Oliverio, s

ed que aunque abogado sé batirme tan bien co-
no el primer oficial de los ejércitos reales !

*v.* Sea enhorabuena. Daos prisa y venid... estoy
ara lo que gusteis. (*Aparte.*) Así como así es el
nico medio de salir de esta casa. (*Alto.*) No venís!

*p.* (*Deteniendo á Pym.*) Dónde vais? deteneos...
s preciso que cumplais con vuestro deber. (*Pym
ue habia dado algunos pasos para marcharse
uelve al proscenio.*)

*v.* Ah! ah! el pendenciero se vuelve á acordar de
que es legista... ya me lo esperaba. — En fin...
despachad... y cumplid con vuestro oficio!... Ape-
aré á la Cámara, y ya veremos si la Cámara me
deja en libertad bajo caucion.

*p.* Pues qué! la Cámara puede poner en libertad
á este hombre, decid? (*A Pym.*)

*m.* Sí puede, Señora; á menos que el Rey no le
reclame como reo de justicia mayor.

*p.* Oh! cómo haría yo para ver al Rey, y poder-
me echar á sus pies. (*Se oye un gran rumor
dentro.*)

*liv.* (*Mirando por la ventana.*) Ahí teneis justa-
mente á su ministro... el pueblo viene persiguién-
dole á pedradas.

*oces dentro.* Muera el Conde de Straffort! muera
el enemigo del pueblo! muera! muera!!

*rm.* Es un motin... el pueblo está alborotado y
furioso: le van á matar sin dejarnos tiempo á que
nosotros le quitemos la vida sobre un cadalso?

*ap.* (*Al Constable.*) No os movais, Señor Cons-
table, no os movais; aun teneis que hacer aquí.

*rm.* Que veo! cierran todas las puertas, no tiene
ninguna parte donde refugiarse. (*Mirando siempre.*)

*oces dentro.* Hurra! hurra! Straffort! Muera!
muera!

*Pym.* Han desenganchado los caballos de su co
y le obligan á bajar... los Sheriffs le han rodea
pero no podrán defenderle contra tanta gent
el populacho vá á acabar con él.

*Voces.* Muera el Ministro! muera el renegado! m
ra el traidor! muera!

*Oliv.* (*Con frialdad.*) Señora, si no he oido mal
searíais tener una audiencia del Rey?

*Dap.* Oh! y la obtendré!

*Oliv.* No lo dudo, porque el lograrlo os es facil
mo: no teneis mas que abrir la puerta á su mi
tro, y muy ingrato ha de ser si por tamaño ser
cio no os lleva él mismo á los pies de su Magest

*Dap.* Teneis razon! cuando un consejo es bueno
debe seguir venga de quien viniere. (*Corre á
puerta y la abre.*) Milord! Milord! entrad aquí
Milord, venid. (*Rumor, griterío.*)

## ESCENA V.

DICHOS. UN SHERIFF. STRAFFORT.

*Straffort se presenta sereno, pero sin sombrero
con el vestido desgarrado y manchado de barro.
punto que ha entrado vuélvese á cerrar la puerta*

*Straf.* (*A M. Dappel.*) Os doy muy encarecidas g
cias, porque me habeis salvado la vida... mil g
cias... en medio de tantos rebeldes es siemp
grato el encontrar un corazon generoso, un co
zon verdaderamente inglés.

*Dap.* Soy estrangera, Milord: soy francesa.

*Straf.* (*Besándola la mano.*) Poco importa cual s
vuestro pais, Señora, si me habeis libertado;
que únicamente temo es que quizás no podré

cer nada en vuestro servicio. (*Se oye un confuso griterío fuera, las pedradas rompen un vidrio.*)

*ap.* Muy al contrario, Milord, podeis hacer mucho por mí.

*raf.* Pues ved de decirlo presto, Señora, porque temo que en breve no me quede mas que la voluntad de mi inmenso poder.

*ap.* Es una gracia que quisiera me concediérais mañana.

*raf.* Oh! espero que mañana seré todavía ministro... qué gracia es esa, Señora?

*ap.* Una audiencia del Rey para mi sobrina y para mí.

*raf.* La obtendreis... (*El griterío se aumenta mas cada vez.*) Si es que esta casa, en donde creia encontrar un asilo, no se convierte en mi sepulcro, porque los hombres que gritan fuera estarán quizás de inteligencia con los que veo dentro. *l Constable.*) Milord, estais perdido... van á derribar la puerta!

*ap.* Y no hay otra salida!

*raf.* (*Con altivez.*) En ese caso, abrid, Señor Constable! (*A Madama Dappel.*) Señora, os doy mi palabra de Caballero que si vuelvo á ver al Rey cumpliré lo que os he prometido. Abrid esa puerta, quiero salir aun cuando supiera que me habian de asesinar en su dintel!

*liv.* (*Yendo hácia él.*) Muy mal nos juzgais, Milord! somos vuestros enemigos, pero nunca seremos vuestros asesinos... Os acusamos en la Cámara, pero no os tramamos asechanzas en las calles. Asíos á mi brazo, y os respondo con mi honor de que nadie se atreverá á tocaros á un cabello.

*traf.* Aunque debiera estrañarme en vos ese ofrecimiento, le acepto.

*Dap.* (*Bajo y con viveza á Pym.*) Mirad que se v á marchar! que se nos escapa!

*Pym.* No temais; están ahí los Constables.

*Straf.* (*Apoyándose en el brazo de Oliverio.*) Vamos, hasta mañana, Señora.

*El Constable.* (*Acercándose.*) Perdonad, Milord tengo órden del parlamento para que el Señ (*Señalando á Oliverio.*) no salga de esta casa.

*Straf.* (*Con imperio.*) Orden del parlamento, Señ Constable?... Pues bien, si hay esa órden d parlamento, yo os digo que hay órden del Re para que salga... lo oís?... órden del Rey!

*El Constable.* (*Volviéndose hácia el Sheriff.*) Orde del Rey.

*Sheriff.* De órden del Rey dejad pasar. (*Los de justicia se descubren y dejan paso á Oliverio qu lleva del brazo al Conde. Madama Dappel s queda atónita.*)

*Pym.* (*Pensativo y solo en el proscenio despues d haber visto salir á Oliverio.*) El Rey mas fuert que el parlamento!... Mucha falta nos hace tod vía ese hombre.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

## ESCENA PRIMERA.

OLIVERIO. (*Entre dos Guardias.*)

*Uno de los Guardias.* Aguardad aquí á su gracia el conde de Straffort. (*Los dos Guardias se retiran.*)

*Oliv.* (*Solo.*) Perfectamente. Ayer fuí arrestado por el parlamento, hoy por el Rey; ¿cuál es mejor? en verdad que no lo sé. Sin embargo, mas vale haber sido preso por el Rey, porque esto tiene un color de persecucion, que no dejará de hacer su efecto en las cámaras. Veleidad del destino! siempre que me he creido próximo á subir al poder, he sido precipitado; y cuanto mas terrible ha sido la caida, la casualidad me ha dado entonces alas de águila para remontarme de nuevo aun mucho mas que la primera vez: cuando yo creia que iba perdiendo terreno, era que le tomaba para levantar mas alto mi vuelo. Y ahora ¿qué vá á ser de mí? será que he llegado por fin al término de mi fortuna, ó al fin de mis desdichas? Solo Dios la sabe. (*Queda meditabundo en medio de la escena.*)

## ESCENA II.

OLIVERIO. GORING.

*Goring.* (*Advirtiendo en Oliverio.*) ¡Ah! Sir Oliverio! (*Vá á él y le saluda: Oliverio no lo advierte hasta la segunda vez.*) Sir Oliverio.

*Oliv.* (*Se estremece y se vuelve.*) ¡Ah! Goring! sin duda os equivocais señor mio?

*Goring.* Os tengo por el muy estimable Sir Oliverio d'Huntingdon, y por eso os saludo.

*Oliv.* Eso quiere decir que ignorais que estoy preso en este palacio de White-Hall.

*Goring.* Al contrario, lo sé.

*Oliv.* (*Trayéndole al proscenio.*) Entonces, señor Goring, es preciso que despues de mi prision haya sucedido alguna cosa estraordinaria, ó en la ciudad ó en el parlamento, con que contádmela.

*Goring.* Con mucho gusto, Sir Oliverio, y me felicito por ser el primero en daros una buena noticia.

*Oliv.* Una buena noticia!.... entendámonos: una buena noticia para el conde de Straffort vuestro amo, ha de ser una mala noticia para mí, y la que sea buena para mí, ha de ser mala para él.

*Goring.* Pues la buena noticia es para vos, Sir Oliverio.

*Oliv.* Y por eso estais tan alegre?

*Goring.* Hasta lo sumo.

*Oliv.* Qué escelente hombre es este Goring! Siempre he observado en vos un gran fondo de tolerancia política, y un modo tan exacto de apreciar las opiniones, que me ha parecido que andábais indeciso por cual declararos. Pero veamos: decidme esa buena noticia que os trae tan contento.

*Goring.* Apenas se esparció el ruido de que os habian detenido aquí preso se reunió el parlamento. El caballero Hampdem, vuestro pariente, hizo presente que vuestra prision era efecto del pliego importantísimo que depositásteis ayer sobre la mesa de la cámara, y que hizo adoptar el bill de acusacion.... Ya sabeis.... aquella protesta terrible....

*Oliv.* Si es muy bueno el caballero Hampdem!

*Goring.* Añadió que estábais perdido si dejaban tiempo al ministro para castigaros, y que por lo mismo era necesario darse prisa á castigar al ministro. Mr. Pym se levantó entonces y apoyó la proposicion de Hampdem. Por último se ha resuelto, que entre tanto que se discutia y aprobaba el modo de proceder á la prision del ministro, las tropas rodearían á White-Hall, custodiando las puertas para que nadie pudiese salir.

*Oliv.* Y entonces vos os escapásteis apresuradamente de la cámara para avisar al Conde de lo que pasaba; me habeis encontrado á mí, y mi vista ha ocasionado tal revolucion en vuestras ideas, un cambio tan repentino en vuestra opinion, que habeis dicho: la Providencia quiere que me declare en favor de Oliverio, pues le hace salir á mi encuentro: es un aviso de Dios para que le confie lo que iba á confiar á su gracia.... Cuando yo decia que este Goring es un escelente hombre!....

*Goring.* Sí, confieso que me he dejado arrastrar....

*Oliv.* Contra las leyes de la gravedad.... hácia el que sube.... Cosa es esa que ni es nueva ni rara. En fin, es decir que ahora somos dos buenos amigos, no es verdad, señor Goring?

*Goring.* Señor!.... (*Inclinándose.*)

*Oliv.* Ahora bien, los buenos amigos no tienen secretos entre sí. Decidme, vos que conoceis White-

Hall, ¿hay en él alguna puertecilla secreta que vaya á dar á alguna callejuela estraviada, (*Goring hace seña de que sí.*) por la cual pudiera Lord Straffort escaparse á la ciudadela donde están las tropas reales, lo cual no hubiera dejado de hacer, si Dios no me hubiera hecho salir á vuestro encuentro, y no os hubiera hecho sentir hácia mí esa simpatía tan repentina? ¿Dónde está esa puerta, arrepentido Goring?

*Goring.* Este pasadizo conduce á ella. (*Señalando á una puertecilla que está en el fondo á la derecha.*)

*Oliv.* Pues disponed que dentro de cinco minutos guarden esa puerta cuatro hombres armados. Espero que no vacilareis en prestar tamaño servicio al parlamento.

*Goring.* Vacilar! yo, señor! cuando el parlamento me hace el honor de transmitirme sus órdenes por uno de sus principales miembros. Oh! no temais, no vacilaré ni un momento, y voy....

*Oliv.* (*Dándole sobre el hombro.*) Sí.... sí.... andad, honradísimo señor Goring.... andad. (*Váse Goring.*)

## ESCENA III.

OLIVERIO. STRAFFORT. (*que viene por el foro.*)

*Straf.* (*A los guardias.*) Dejadnos. (*Los guardias se retiran: Straffort se dirije á Oliverio, que se ha quedado pensativo viendo marchar á Goring.*) Sin duda me creereis muy ingrato, señor Oliverio, pues he hecho que os detengan aquí toda una noche en pago de la proteccion que ayer me dispensásteis; pero era para mí de la mayor importancia el que no os alejáseis, porque deseaba volveros á

ver tan luego como hubiese recibido las órdenes de S. M. Escuchadme pues: hace tres dias que entrásteis de pronto en este mismo cuarto; yo estaba en el mismo sitio donde estoy, y vos delante de mí; me pedísteis no sé que cosa que no pude concederos entonces, pero suponed ahora que no han pasado estos tres dias y que yo no os he negado nada; suponed que entrais aquí por la primera vez, y como entonces decidme qué es lo que deseais. Estoy dispuesto á concederos todo lo que estuviese en mi poder concederos, y el Rey rectificará lo que yo os concediere: responded, ¿no me habeis oido?

*Oliv.* No, Milord; he escuchado vuestras palabras como un sonido vago, y nada mas, porque estaba absorto y ocupado en negocios que interesan á otro mas que á mí.

*Straf.* Y á quién?

*Oliv.* A vos, Milord. Luego que he sabido la causa por la que me habeis mandado prender, me he sentido movido á compasion hácia vos.

*Straf.* Hácia mí ?

*Oliv.* Sí, porque aunque es cierto que sois el ministro mas ilustre, mas valiente y leal, que jamas fué denigrado por la maledicencia pública, ni vuestra grandeza, ni vuestro valor, ni vuestra lealtad, serán bastantes á salvaros.

*Straf.* Qué quereis decirme con eso?

*Oliv.* Que habeis escogido mal el terreno donde debísteis combatir, que el terreno del poder real es movedizo, y todo cuanto intenteis construir en él vendrá al suelo; que vos no veis los abismos que se han abierto á vuestros pies, y que cada paso que vos creeis dar hácia vuestra felicidad, es un paso mas hácia vuestra perdicion.

*Straf.* No entiendo vuestro lenguage misterioso, Oliverio, si me amenaza algun peligro, decídmelo con lisura y sin rodeos, como se deben decir tales cosas, y yo procuraré oirlo como un hombre debe oirlo.

*Oliv.* Asomaos primero á esa ventana, Milord.

*Straf.* Para qué?

*Oliv.* Qué veis desde ahí?

*Straf.* La plaza llena de soldados.... Soldados armados!.... quién los ha dado órden de tomar las armas y reunirse?

*Oliv.* El parlamento. Milord, esos hombres están ahí por órden del parlamento.

*Straf.* Y qué hacen ahí en esa plaza?.... quiero saberlo. (*Vá á salir.*)

*Oliv.* (*Deteniéndole.*) Escuchad como hombre lo que voy á deciros.

*Straf.* Ya escucho.

*Oliv.* Esos soldados están ahí para custodiar á su gracia el conde de Straffort preso en White-Hall.

*Straf.* Yo?

*Oliv.* En tanto que le conducen á la Torre de Lóndres.

*Straf.* El mando de la fuerza armada solo al rey le corresponde, y no á la cámara.

*Oliv.* Hace algunos años el rey hacía lo que quería del pueblo; en el dia es preciso que el pueblo quiera para que el rey disponga de él; esto no obstante, ayer era todavía el rey mas fuerte que el parlamento, pero hoy el parlamento es ya mas fuerte que el rey.

*Straf.* Y quién ha dispuesto ese motin? por qué han empuñado las armas?

*Oliv.* Por qué, Milord, porque ya ha dado la hora en que debia efectuarse la revolucion en Inglaterra; porque sin que ni uno ni otro lo advirtiesen, hace

ya mucho tiempo que el rey desciende, y el pueblo sube; porque el poder vá á cambiar de manos, y el cetro real tiene que ceder el puesto á la maza del parlamento. Milord! Milord! no os sonriais; no os riais del pueblo, porque sus deseos llegan á cumplirse aunque sea tarde. Acordaos solo de que cuando han llegado á exasperarle, es terrible su venganza, y ya sabeis que suele descargarla en los mas encumbrados. Si quereis creerme, olvidad que sois soldado, y acordaos tan solo de que sois cristiano.

*Straf.* Si vá en ello la vida, os advierto que la venderé cara.

*Oliv.* Triste recurso! os defenderíais contra la tempestad? contra el incendio?.... El pueblo es un elemento, Milord; arrastra al abismo como el agua, devora como el fuego.

*Straf.* Apelaré á esos soldados.

*Oliv.* Son casi todos de la milicia ciudadana, y defensores del parlamento: no os harán caso.

*Straf.* Me encerraré en la ciudadela; allí están mis valientes y leales ingleses, que defenderán al rey contra la revolucion, contra el parlamento, y aun contra las dos cámaras. Una señal les basta.

*Oliv.* Y quién dará esa señal? vos?

*Straf.* Tal vez. (*Dirigiéndose hácia la puertecita del fondo á la derecha.*)

*Oliv.* Venid, venid acá, Milord, esa salida está tambien guardada.

*Straf.* Teníais noticia de ella?

*Oliv.* Sí. (*Volviéndose.*) Aquí se acerca el rey.

## ESCENA V.

DICHOS. CARLOS.

*Cárlos.* Straffort! Milord Straffort!

*Straf.* Señor?

*Cárlos.* Es cierto lo que acaban de decirme? es cierto que la cámara de los Comunes acaba de adoptar el bill de acusacion, presentado contra vos?

*Straf.* Es muy cierto, Señor.

*Cárlos.* Y que estais preso en White-Hall, en mi propio palacio?

*Straf.* Tambien es cierto. Los rebeldes custodian todas las salidas. (*Straffort le señala la ventana.*)

*Cárlos.* Oh! voy á presentarme á esos soldados, no es la primera vez que he sabido desvanecer sediciones aun mas temibles. La guardia interior de palacio me es adicta, voy á llamarla, y....

*Straf.* Deteneos, Señor, y no llameis la tempestad hácia vuestra cabeza: el rayo hiere casi siempre al cedro mas alto: abandonadme á mi suerte.

*Goring.* (*Que sale con precipitacion.*) Sir Oliverio! (*Advirtiendo en el Conde.*) Qué veo, Milord Straffort!.... (*Advirtiendo en el Rey.*) S. M.!

*Cárlos.* Quién es este hombre?

*Straf.* Uno de mis agentes.

*Cárlos.* De dónde viene?

*Straf.* De la cámara baja sin duda.

*Cárlos.* (*Cogiéndole del brazo y trayéndole al proscenio.*) Qué ha ocurrido de nuevo? hablad. (*Goring mira á Straffort.*)

*Straf.* Hablad. (*Goring mira á Oliverio. Oliverio le hace seña de que hable.*)

*Goring.* Vuestra prision ha sido aprobada por una mayoría de ochenta votos, Milord.

*Cárlos.* Y quién se atreverá á prenderle aquí, en mi palacio de White-Hall?

*Goring.* El parlamento ha decretado la prision de Milord, sea cual fuere el sitio donde se hallase.

*Cárlos.* Y quién es el encargado de dar cumplimiento á ese mandato?

*Goring.* El Ugier de la cámara, acompañado de un parlamentario, y del macero de los Comunes.

*Cárlos.* Pero cómo se llama el parlamentario?

*Goring.* Aún no se sabía cuando yo salí de la cámara para venir á avisar á su gracia. (*Mira alternativamente á Straffort y á Oliverio.*) Lo debe decidir la suerte.

*Straf.* Ah! con que han dejado la eleccion á la suerte?

*Goring.* Sí, porque la comision es dificil y arriesgada, y el designado por la suerte tendrá que obedecer, sea quien fuere. En cuanto salga su nombre de la urna, el Ugier de la cámara se presentará á él, le llamará por su nombre, y le intimará el cumplimiento de lo mandado. Se ha dispuesto así para quitar á los tímidos el tiempo de reflexionar.

*Straf.* (*Con tristeza, y volviéndose hácia Oliverio.*) Teníais razon, Sir Oliverio, es asunto en que vá la vida.

*Cárlos.* Qué oigo! este hombre es Oliverio! es cierto, no le habia reconocido. Este ha sido el que se hizo pasar por.... Ah! Straffort, ya tenemos quien responda de tu vida; nada temas; su cabeza ha de salvar la tuya.

*Oliv.* (*Con voz sombría.*) Cuidado con la vuestra, Cárlos I.

*Cárlos.* (*Volviéndose hácia el foro.*) Ola! señores, acudid todos. (*Salen muchos guardias y*

*varios nobles.*) Desarmad y prended á ese hom bre; llevadle al calabozo mas seguro de la cár cel de Lóndres. Marchad. (*Dos guardias coge á Oliverio por el brazo. Abrese al mismo tien po la puerta del foro, y aparecen en su din tel el Ugier de la vara negra, y el mace de la cámara. El Ugier se acerca; el mace se queda en el dintel.*)

*Oliv.* Qué es esto? (*Al Ugier del parlamento.*) quién venís á buscar aquí, señores?

*Ugier.* Al estimable Sir Oliverio d'Huntingdon, de signado por la suerte para prender á Sir Tho mas Wentworth, Conde de Straffort.

*Oliv.* (*Con imperiosa voz á los guardias.*) Atra ahora, señores! salid todos y dejad al parlament frente á frente con el rey de Inglaterra. Fuer digo, que se retiren todos los centinelas, ya n hay que guardar las puertas de White-Hall. (*Lo guardias se retiran al foro.*) Vos, Señor, acer caos. Tocad á Milord con vuestra vara negra, hacedle saber la voluntad del parlamento.

*Ugier.* (*Acercándose á Straffort.*) Milord, en nom bre de la cámara de los Comunes, daos á prision

*Straf.* Dónde está el bill que me sentencia?

*Ugier.* Aquí le teneis.

*Oliv.* (*Cogiéndole de las manos del Ugier y des arrollando el pergamino.*) Milord, sois reo con victo del crímen de alta traicion y sentenciad como tal.

*Cárlos.* Sentenciado!

*Straf.* Ya os sigo.

*Cárlos.* (*Colocándose en medio.*) Milord, no sal dréis de aquí.

*Straf.* Qué decís, Señor!

*Cárlos.* Repito que no saldreis de aquí. Ese hombr

que os quiere prender en nombre del parlamento, es un impostor, á quien quiero confundir y castigar. Ola! caballeros! (*Los nobles de su guardia dan un paso hácia adelante.*)

*Oliv.* (*En alta voz.*) Señor, mirad que os perdeis. (*Volviéndose hácia el foro.*) Aquí, señores de la cámara de los Comunes, Ugier de la maza, acercaos! Cárlos I de Inglaterra, reconoceis esto? (*El macero se acerca con lentitud.*)

*Straf.* Señor, no espongais una vida mil veces mas preciosa que la mia.

*Cárlos.* Qué decís?

*Straf.* Digo que ese signo que veis, esa maza de plata que se acerca paso á paso hácia nosotros, es la maza de Hércules, el arma del pueblo, y hará trizas vuestra corona, cual si fuese de vidrio, si llegaba á chocar con ella. Ved lo que haceis, Señor, y evitad el choque: mas vale que me abandoneis á mi suerte....

*Cárlos.* Nunca....

*Oliv.* Ugier de la maza, haced vuestro deber. (*El macero de la cámara acercándose.*) Atrás! (*El Rey dá un paso atrás.*) Atrás! (*Idem.*) Atrás!

*Cárlos.* Y he de abandonarle! á Straffort! á mi amigo! Señores, salid pronto todos de White-Hall. Me dirigiré á la cámara de los Lores, que aun no ha aprobado ese bill sanguinario; pero aun cuando le hubiese aprobado, me queda por último el derecho de perdon.

*Straf.* (*Besándole respetuosamente la mano.*) Vuestra Magestad usará de ese privilegio real, segun fuere de su agrado. Vamos, señores, Dios salve al Rey! (*Váse con el macero y el Ugier del par-lamento.*)

*Cárlos.* Nosotros á la cámara de los Lores. (*Váse por la puerta de la izquierda.*)

## ESCENA VI.

OLIVERIO. SARA. UN UGIER *del palacio de White-Hal*

*Sara.* (*Desde la puerta de la derecha, al Ugie que la cierra el paso.*) Dejadme ver al Rey.. dejadme!... Tengo audiencia.

*Oliv.* (*Volviéndose, y reconociendo á Sara.*) S sí, dejadla entrar; yo sé lo que quiere.... V nid, Sara. (*Aparte.*) Es la única que aún m hace sombra: saquémosla de aquí cuanto ante (*Alto.*) Sara....

*Sara.* (*Mirando al rededor suyo.*) Sois vos, Olive rio? Dónde está el Ministro? dónde está el Rey

*Oliv.* Sara, ya no hay Ministro y muy en brev quizás tampoco habrá Rey.

*Sara.* Con que es cierto que los enemigos del tron se han atrevido á acusar al conde de Straffort.... uno de ellos ha tenido la audacia de venir á pren derle aquí mismo... en palacio.

*Oliv.* Sara, os dije que no me negaba á daros m mano, y en prueba de ello, sabed que ya es toy pronto.

*Sara.* Oh! Oliverio: bien decia yo, que os juz gaban mal.

*Oliv.* Pero antes quiero que sepais lo que aguard á la esposa de Oliverio.

*Sara.* Decidlo.... con vos todo me será grato, seguiré vuestra suerte, sea buena ó mala.

*Oliv.* Ya sabeis que la Inglaterra está dividida e dos partidos, el del pueblo y el del Rey. Yo h comprometido mi vida, mi honor en defensa d pueblo, y si su partido sucumbe, lo que no é probable, el Rey no usará de piedad, porqu

tampoco el pueblo hubiera tenido con él misericordia: los nombres de los que tomaron parte en la revolucion serán infamados públicamente.... y tú tendrás que tomar mi nombre, Sara.

*ra.* Tambien la desgracia tiene su aureola como la gloria: me honraré con tu nombre.

*iv.* Confiscarán nuestros bienes para vendérselos á los cortesanos, arrasarán nuestras casas, harán pasar el arado sobre los cimientos, y cubrirán de sal la tierra en que estuvo la mansion de nuestros padres.... Entonces nos veremos espuestos á la miseria.... á la hambre.... á la sed... á la intemperie.... Tendrémos que huir, porque estarémos proscriptos.... y tendrémos que ocultarnos durante el dia en algun bosque para salir solo por la noche.... hasta que encontremos un punto en donde haya algun navío protector que nos lleve á morir muy lejos... al país del destierro.

*ra.* Oliverio, yo soy fuerte y animosa.... El doble lazo que me une á tí de esposa y madre me dará fuerzas para seguirte: seré tu compañera en la fuga y en el destierro.

*iv.* Pero y si en vez de fuga y destierro me esperasen un verdugo y un cadalso!... Sara: los hombres como yo no niegan sus obras de que están envanecidos; lo confesaría todo, y la sentencia que me condenase sería terrible. Entonces ya no habría que temer la miseria ni el destierro en un país estraño, sino un cadalso en Lóndres en la plaza de Tower-Hill, y un pueblo entero que maldice á la víctima, sea la que fuere y que saluda con aclamaciones á toda cabeza que cae bajo la cuchilla, cuidándose poco de que la corona que ceñía fuese de oro ó de mártir.... Entonces.... Sara....

*Sara.* Entonces diré que era tu cómplice.... reclamaré á tu lado un lugar en el cadalso, y no dud que me le concederán.

*Oliv.* Pero y nuestro hijo!

*Sara.* Oliverio, los huérfanos son benditos del Señor.... Dios los reserva toda la dicha que rehus á sus padres.

*Oliv.* Esa noble decision no me admira en tí Sara porque hace tiempo que te conocia.

*Sara.* Ya ves que no se presenta ningun obstácul para que seamos felices.

*Oliv.* Aun falta algo, Sara; te he dicho la suert que nos aguardaba si éramos vencidos; quiero decirte ahora la que nos espera si somos vencedores

*Sara.* Habla.

*Oliv.* Me contaste hace poco que los enemigos de trono se habian atrevido á prender al conde d Straffort?

*Sara.* Sí.

*Oliv.* Esos enemigos del trono tienen un hombre qu está á su cabeza: yo soy su gefe.

*Sara.* (*Estremeciéndose.*) Tú?

*Oliv.* Dijiste que un malvado habia tenido la audaci de venir á prender al Ministro al mismo palacio d White-Hall?

*Sara.* Sí.

*Oliv.* Pues ese malvado soy yo.

*Sara.* Tú!

*Oliv.* Dijiste que quizás hoy mismo caería su cabeza

*Sara.* Es verdad.

*Oliv.* Dirige la vista hácia esa plaza.

*Sara.* Qué hacen esos hombres?

*Oliv.* Esos hombres son trabajadores y soldados. Se reunen ahí para ir á Tower-Hill y dar cumplimiento á la órden que les manda erigir un ca

dalso; el del conde de Straffort.

*ara.* Y quién ha dado esa órden?

*liv.* Yo.

*ara.* (*Retrocediendo.*) Ah!

*liv.* (*Aparte.*) Tiene valor para acompañarme en la desgracia, y la asusta la idea de mi poderío. (*Alto.*) Pero aún hay mas, porque la sangre pide sangre.

*ara.* Oliverio, me haces temblar.

*liv.* La mano que estiendo hácia tí, es una mano ensangrentada, y el nombre que te ofrezco es un nombre terrible: Sara, es uno de esos nombres maldecidos en lo presente, juzgados en lo venidero, y que solo por los resultados que consiguen suelen ser absueltos. Dentro de diez años tal vez, el nombre de Oliverio será bendecido ó maldecido por el mundo entero.

*ara.* Maldecido, no lo dudes, maldecido.

*liv.* Pues ese será tu nombre; será el nombre de tu hijo, Sara, y el de los hijos de tu hijo.

*ara.* (*Apartándose.*) Jamas! jamas! prefiero que no tengan nombre alguno á que tengan un nombre infamante! prefiero un nombre oscuro á un nombre sangriento!

*liv.* Medítalo bien.

*ara.* Y no puedes ya volver atrás?

*liv.* Es imposible; mi suerte es seguir adelante sin detenerme sobre este reguero de sangre, hasta que llegue á mi destino; es la suerte de Cain el maldito.

*ara.* Entonces, adios.

*liv.* Adónde vás?

*ara.* Que sé yo. A Francia tal vez.

*liv.* Y me abandonas en tan dificil sendero?

*ara.* No tendría fuerzas suficientes para acompañarte.

*Oliv.* Débil muger! ya ves que Dios no nos habi creado uno para otro.

*Sara.* Dios no formó mi corazon para el crímen Adios, Oliverio.

*Oliv.* Sara, adios.

*Sara.* Adios! (*Arrojándose en sus brazos.*)

*Oliv.* Adios.

## ESCENA VII.

OLIVERIO. GORING. *despues* PYM.

*Oliv.* (*Mirándola alejarse.*) Pobre muger! No quiero abandonarla. (*Llamando.*) Coronel Goring! coronel Goring!

*Goring.* (*Sale pálido é inquieto.*) Qué mandais, Sir Oliverio?

*Oliv.* No es verdad que sería una locura creer en la estabilidad de las grandezas humanas?

*Goring.* Sí, pero....

*Oliv.* Y que por lo mismo lo sería el declararse adicto á un ministro que si llegaba á caer del poder, podia arrastrarnos tras sí en su caida, y esponernos á pasar nuestra vida en una cárcel, ó á terminarla en un cadalso?

*Goring.* (*Esforzándose por aparentar tranquilidad.*) Pero ninguno de esos peligros me amenaza á mi segun creo, Sir Oliverio.

*Oliv.* (*Trayéndole á si.*) Escuchad; no es verdad que el que os dijere: Goring, aquí teneis oro, (*Le da un bolsillo.*) y un salvo conducto, (*Escribe algunos renglones en un papel.*) vais á marcharos inmediatamente á Francia... os haría un favor tan grande, que en pago os tendría dispuesto para hacer lo que él exigiese de vos?

*Goring.* Qué es lo que quereis que haga? decid.

*Oliv.* Que acompañeis hasta P aris á las dos mugeres que acaban de salir de aquí y que cuideis de que no les falte nada.

*Goring.* (*Queriendo besarle la mano.*) Ah! Señor, mi agradecimiento será eterno.

*Oliv.* (*Retirándola.*) Despachaos, marchad, marchad. (*Goring váse por la puerta de la derecha.*)

*Pym.* (*Que viene por el fondo.*) Señor Oliverio!

*Oliv.* (*Volviendo.*) Sois vos, señor Pym? habeis hallado algun medio para hacer queme prendan.

*Pym.* Olvidemos nuestras rencillas en obsequio de la patria, señor Oliverio; hice mal. Venga esa mano.

*Oliv.* Tomadla.

*Pym.* Sabeis la noticia que corre?

*Oliv.* Cuál?

*Pym.* El Rey ha estado á pique de ser asesinado.

*Oliv.* Cuándo?

*Pym.* Hace un instante, al entrar en la cámara de los Lores. Un hombre se ha arrojado hácia él con un puñal en la mano al tiempo de bajar del coche.

*Oliv.* Dios mio! y está herido el Rey?

*Pym.* No.

*Oliv.* Ah! no sabeis lo que me alegro. Un asesinato! eso solo bastaría para que se volviese toda la Inglaterra realista. Supongo que habrán preso al asesino?

*Pym.* No, logró escaparse.

*Oliv.* Pero no ha dejado ningun indicio?

*Pym.* Al huir arrojó el puñal: iba con la cabeza descubierta, y ninguno ha podido darle alcance.

*Oliv.* Y habeis venido espresamente para darme esa noticia? Si es así, y no teneis mas que decirme, os

doy repetidísimas gracias, pues os habeis incomodado por tan poco.

*Pym.* Vengo á otra cosa, señor Oliverio.

*Oliv.* Ah! ah!

*Pym.* Vengo en nombre del parlamento. La cámara teme que el Rey use del privilegio que tiene de disolverla; porque entonces sería preciso cesar la contienda parlamentaria para sostener nuestra causa con las armas, y no sé si seríamos nosotros los mas fuertes.

*Oliv.* Y qué puedo yo hacer en eso?

*Pym.* He aquí el bill que la cámara os envia, y por el cual deberá renunciar el Rey á ese privilegio. Sea por persuasion, por temor ó por fuerza, es preciso que le firme.

*Oliv.* Está bien, yo me encargo de ello.

*Pym.* La cámara cuenta con vos.

*Oliv.* He frustrado alguna vez sus esperanzas?

*Pym.* No.

*Oliv.* Pues bien; os juro que esta vez será ni mas ni menos que las otras. Descuidad, y volved á la cámara; este bill estará allí de vuelta quizás tan pronto como vos. (*Acompaña á Pym hasta la puerta de la derecha.*)

## ESCENA VIII.

CARLOS. OLIVERIO.

*Cárlos.* (*Que viene por el fondo.*) Dónde está ese miembro del parlamento?.... (*Reparando en Oliverio.*) Ah! os buscaba....

*Oliv.* (*Volviéndose.*) A mí, Señor?

*Cárlos.* Sí, á vos, á mi adversario, á mi enemigo. En este momento en que me amenazan tantos peli

gros, me dirijo al mas cruel de mis enemigos, porque tal vez él sea el mas hombre de honor.

*Oliv.* Y qué quereis de mí?

*Cárlos.* Quiero que me ayudeis, porque los Lores....

*Oliv.* Han firmado la sentencia, no es esto?

*Cárlos.* Cobardes! Diez y nueve tan solo se han atrevido á votar en contra! Estaba allí, y desde mi tribuna he sido testigo de su traicion y de su debilidad.

*Oliv.* Ya lo veis....

*Cárlos.* Sí, desde aquel instante he visto que debia esperar mas de la cámara baja que de la cámara alta, que si en aquella habia mas odio contra mí, tambien habia mas honradez, y por lo mismo os he elegido á vos entre todos sus miembros.

*Oliv.* A mí?

*Cárlos.* Para preguntaros qué es lo que me aconsejais? qué exigen de mí? qué es lo que necesito hacer para que me vuelvan á Straffort, para salvar la vida á mi primer ministro.

*Oliv.* En primer lugar, Señor, el parlamento pide que renuncieis al derecho de disolverle.

*Cárlos.* Para salvarle! Ah! con mucho gusto! dónde está el bill? quiero firmarle....

*Oliv.* (*Presentándosele.*) Aquí le teneis.

*Cárlos.* (*Firmando.*) Voy á enviársele yo mismo.... así verá el parlamento la presteza con que accedo á sus peticiones, y eso desarmará su cólera.

*Oliv.* Si V. M. tiene á bien, yo le llevaré en persona.

*Cárlos.* No, quedaos vos aqui. (*Llamando.*) Ola! Irá alguno de Palacio. (*Aparte.*) Sí, enviaré al Príncipe de Gales, al heredero de la corona. (*Bajo al Ugier.*) Que venga el Príncipe de Gales. (*Váse el Ugier.*) Mi hijo no ha hecho nada para que le abor-

rezcan; ignora aun lo que son las pasiones, las faltas de Straffort, las mias, nuestros crímenes, como ellos dicen!.... (*Sale el Príncipe de Gales.*) Acércate, Cárlos, haz que te acompañen dos caballeros de la servidumbre, y marcha á la cámara baja, entrega esta carta al presidente, y suplícale con tu dulce voz de niño que te conceda lo que en ella le pido: no dudes que te lo concederá; anda, hijo mio. (*Váse el Príncipe de Gales. El Rey vuelve á donde está Oliverio.*) Ya lo veis, renuncio á mi derecho de disolver el parlamento; hago lo que él quiere, no hará él lo que yo le pido?

*Oliv.* Y con quién ha enviado V. M. esa respuesta?

*Cárlos.* Con mi hijo Cárlos.... con el Príncipe de Gales.... (*Se oye dentro ruido de un coche.*) Lo oís? ahora sale.

*Oliv.* Cómo? ese niño?

*Cárlos.* Ese niño! es el único heredero de la corona de Inglaterra, sabedlo.

*Oliv.* Y habeis ido á entregar á la cámara esos rehenes? que ceguedad!

*Cárlos.* Cómo! creeis que se atreverían?

*Oliv.* (*Riendo.*) Dios mio! cuán equivocadamente juzgan los grandes de la tierra á los demas hombres, y se juzgan á sí mismos!

*Cárlos.* Vuestra sonrisa me asusta!

*Oliv.* Quizás me engañe, Señor.

*Cárlos.* Pero qué es lo que pensais?

*Oliv.* Nada.

*Cárlos.* (*Dejándose caer en un sillon.*) Ah! sois hombres implacables.

*Oliv.* Implacables para el que fué sin piedad; sí, señor, y el rigor de vuestro ministro.

*Cárlos.* Ah! ese rigor y esos castigos no los prescribió Straffort, sino yo mismo. Cuando el altar y

el trono peligran, no se los libertà con impotentes súplicas, ni con lloros inútiles; el modo de rehabilitarlos, es con la fuerza.... las armas de Inglaterra están sostenidas por dos leones.

*Oliv.* Pedid á Dios que no os falte la fuerza al tiempo de la lucha, y que los rujidos de vuestros leones heráldicos sofoquen la gran voz del pueblo, que os pedirá cuenta algun dia de la sangre derramada....

*Cárlos.* A mí está bien; que me la pida á mí, estoy pronto á dársela; pero á mi hijo! qué cuenta puede pedir á un niño que no ha hecho mas que extender hácia él sus manos para bendecirle? Vos suponeis que mi hijo corre algun riesgo? qué peligros le amenazan, decid. (*Sale un Ugier y entrega dos pliegos á Oliverio.*)

*Oliv.* Vais á saberlo; he aquí un mensage del parlamento.

*Cárlos.* (*Arrancándole de las manos uno de los papeles.*) Traed. (*Leyendo.*) Mi renuncia al derecho de perdon!.... Nunca, no lo espereis; nunca!

*Oliv.* (*Entregándole el otro pliego.*) Leed, Señor.

*Cárlos.* El Príncipe de Gales preso!!

*Oliv.* (*Apuntando con el dedo.*) Y la cabeza del hijo responde del consentimiento del padre.

*Cárlos.* Pero creeis que se atreverán á poner la mano sobre mi hijo?

*Oliv.* Se atreverán.

*Cárlos.* Dios mio!

*Oliv.* (*Al Ugier.*) Dónde están los hombres que han traido estos pliegos?

*Ugier.* En la plaza debajo de estos balcones, rodeados de un tropel de pueblo que los ha seguido.

*Oliv.* Ya lo veis, Señor, aguardán ese bill, firmad, y os será devuelto vuestro hijo.

*Cárlos.* Jamas! jamas!

*Oliv.* Daos prisa, Cárlos I, porque el tiempo urge; han prometido el cadalso de un ministro al pueblo cansado de sufrir. Ya es tiempo de que empiece el castigo con los magnates que juegan con la felicidad de la nacion. El pueblo espera y se impacienta porque ha esperado ya mucho tiempo inútilmente, engañado con vanas promesas.... escuchad!.... (*Oyése gran rumor y griterío.*) escuchad! Señor, me habeis pedido un consejo; si tengo alguno que daros, es que firmeis, y que firmeis pronto.

*Gritos.* Muera el ministro Straffort! muera el Príncipe de Gales!

*Cárlos.* Mi hijo! que muera mi hijo! (*Firma precipitadamente.*) Tomad, tomad; ahí teneis la cabeza de ese ministro, la mia si la quereis tambien, pero que viva mi hijo, que viva, lo oís?

*Oliv.* Esto hará que os le vuelvan! (*Vá al balcon y le abre.*)

*Gentío.* (*Dentro.*) Oliverio! viva Sir Oliverio! Muera Straffort!

*Oliv.* (*Desde el balcon*) Ingleses! pedís la cabeza del ministro conde de Straffort! pues bien; el Rey os la dá. (*Arroja el pergamino por el balcon.*) Ahí la teneis, cogedla. (*Cierra el balcon, y vuelve al proscenio. Nuevo griterío que se aleja poco á poco.*)

*Cárlos.* Pero, y ahora me volverán mi hijo?

*Oliv.* Yo respondo de él con mi honor. Vedlo ya. (*Abrese la puerta del fondo, en la cual aparece el Príncipe de Gales, que corre á arrojarse á los brazos de su padre.*)

*Cárlos.* (*Abraza á su hijo sollozando.*) Luego ha muerto el conde?

*Oliv.* El pueblo pedia justicia; se le ha hecho justicia.

*Cárlos.* (*Acercándose á Oliverio con la mano apoya-*

*da sobre la cabeza del Príncipe.*) Y ahora decid, vos que entrásteis en este palacio para no dejar mas que rastros de sangre, hombre ó demonio, hablad, que sepa yo al fin quién sois! Vuestro nombre! es Oliverio ó Satanas?

*Oliv.* Ni uno ni otro, Señor; desde hoy me llamo Cromwell.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

## 14 DE JUNIO 164....

El campamento del rey delante de las murallas de York. El teatro representa la tienda de campaña del Rey, á la derecha habrá una camilla de descanso y una mesa. La tienda entreabierta en el fondo deja ver á lo lejos el campamento de los parlamentarios, y los muros de la plaza de York.—La accion pasa en la noche misma de la batalla. Al levantarse el telon la música del regimiento de guardias toca dentro el *God save the King.*

### ESCENA PRIMERA.

CARLOS *que sale acompañado del Príncipe* ROBERTO *y algunos señores.*

*Cárlos.* Sí, amigos, haceis bien en recordar ese himno, porque es himno de victoria, y Dios ha salvado hoy no solo al Rey, sino á la Inglaterra. (*Cesa la música.*) Gracias, Príncipe Roberto, gracias, señores: gracias os debo á todos, porque hasta el último de mis soldados se ha batido como su capitan; pero no veo aquí al marqués de Montrose?

*Rob.* Está en persecucion de los dispersos, señor.

*Cárlos.* Suya es la gloria de esta jornada, Milores, yo soy el primero que le hago esta justicia.

*Mont.* (*Saliendo.*) No por haber sido el mas valiente, señor, sino por haber sido el mas dichoso.

*Cárlos.* Por haber sido el que ha decidido el éxito de la batalla, derribando al gefe de los parlamentarios.

*Rob.* Me han asegurado que Cromwell volvió la espalda al veros.

*Mont.* No creais tal, Príncipe; Cromwell vino tan derecho hácia mí, como mi bala fué á él, y si mi pistola no hubiera detenido su espada, si yo hubiera tenido que sufrir el golpe que se preparaba á descargarme, os juro que á esta hora estaria tendido en el campo de batalla.

*Cárlos.* Le visteis caer?

*Mont.* No señor, pero le ví retirarse cubierto de sangre. Ademas, muchos de los nuestros han dicho que despues puso pie á tierra, y que su muerte es la que ha causado la dispersion del ejército de los rebeldes.

*Cárlos.* Tres mil hombres muertos.... quinientos prisioneros!.... victoria completa, Milores.... hemos conquistado el campo de batalla.... hecho levantar el sitio de York.... Manchester está perdido y Cromwell muerto.... Oh! por Dios que es una de las victorias mas gloriosas para el ejército realista!

*Mont.* Y de la cual debiéramos aprovecharnos, entrando en la plaza de York esta noche misma.

*Cárlos:* De noche, Milord? y quereis que sus fieles habitantes no puedan ver en nuestro rostro la alegría y el agradecimiento por haber sabido defender tan buena plaza? No, no, entrarémos mañana en triunfo, en medio del dia, como debe hacerlo un rey vencedor. (*Sonriéndose.*) Lo que es esta tarde recibirémos á nuestros amigos en White-Hall. (*Señalando á la tienda.*)

*Mont.* Señor, no hay palacio que valga tanto como una tienda de campaña en una noche de victoria. Los reyes de Escocia dormian tan tranquilamente en los campamentos de Bannockburn y d' Harlow, como en sus palacios de Edimburgo y Stirling.

*Cárlos.* Annesley! (*Desciñendose la espada.*)

*Rob.* Qué haceis, señor? ese es cargo de nuestro empleo.

*Cárlos.* En ese caso, tened. (*Le dá la espada.*)

*Mont.* Qué es esto, señor? (*Indicando la señal de una bala en la coraza del Rey.*)

*Cárlos.* Una cosa estraordinaria: en el calor de la pelea se ha llegado á mí un hombre vestido con el mismo traje que mis guardias, y me ha disparado á la distancia de pocos pasos un pistoletazo: la bala ha resbalado en la coraza dejando esa señal.

*Mont.* Y vuestros guardias no han preso á ese hombre!

*Cárlos.* Antes que ninguno de ellos tuviese tiempo de volver de su sorpresa, el hombre habia ya desaparecido.

*Rob.* Pero, no pudo conocerle V. M?

*Cárlos.* Pude verle perfectamente, porque llevaba la cabeza descubierta: creo que es el mismo hombre que intentó darme una puñalada en las calles de Lóndres al salir de la cámara de los Lores, el dia de la ejecucion de Straffort, y de la cual me salvó el retrato del Príncipe de Gales que llevaba al pecho.—Entonces tambien pudo escaparse y llevaba tambien la cabeza descubierta; conservo un recuerdo de que le he visto otra vez arrodillado á mis pies.... no sé dónde.... ni cuando. Gracias, señores, no hablemos mas de esto.... Dadme tinta y papel: quiero escribir á la Reina.

*Annes.* En esta mesa hay lo que S. M. desea.

*Cárlos.* Está bien. Montrose, recorred las avanzadas.

*Mont.* Voy á obedeceros, señor. El santo para esta noche?

*Cárlos.* Cárlos y Straffort.

*Mont.* (*Bajo á Roberto.*) «Cárlos y Straffort."

*Rob.* (*Bajo á Montrose.*) Bien. (*Váse Montrose.*)

*Cárlos* (*Con los ojos fijos en el papel.*) Milord! Milord!

*Rob.* Señor. (*Acercándose.*)

*Cárlos.* Venid acá.... decidme.... no está manchado de sangre este papel?

*Rob.* No veo nada.

*Cárlos.* Es cosa estraña.... Oh! (*Rasga el pliego y toma otro.*) Sin duda era ilusion. Decid á esos señores que deseo estar solo.

*Rob.* (*Volviéndose hácia el fondo.*) Milores, el rey necesita descansar.... El dia nos ha dado harto que hacer á todos. Retiraos á vuestras tiendas.... Mañana al romper el dia entrarémos en la plaza. (*Los señores se retiran saludando al Rey que permanece inmóvil con los ojos fijos en el papel.*)

*Cárlos.* Otra vez! (*Pasa la mano por el papel.*) Que infernal vision! (*Levantándose.*) Cuéntase del rey Cárlos IX que la víspera del dia de S. Bartolomé creyó ver tambien manchas de sangre sobre un tablero del juego de damas.... y que aquellas manchas le presagiaban grandes desgracias, Milord.

*Rob.* Desechad esas ideas, señor. Hemos visto hoy tanta sangre, que sin duda vuestros ojos conservan aun el reflejo del campo de batalla.

*Cárlos.* Teneis razon, pero no obstante no he de escribir esta noche: escribiré mañana desde York. (*Sale Montrose.*)

*Mont.* (*En voz baja al centinela.*) «Cárlos y Straffort."

*Cárlos.* Qué oigo! quién ha pronunciado esos nombres.

*Mont.* Yo, señor. Daba el santo que vos me habeis entregado.

*Cárlos.* Sí, sí, teneis razon: el destino ha encadenado esos dos nombres, uno á otro.—No ha ocurrido ninguna novedad en el campo?

*Mont.* Una cosa rara, y que á ser en otro dia pudiera interpretarse por un presagio siniestro?

*Cárlos.* Cuál?

*Mont.* El viento ha derribado por dos veces el estandarte de Inglaterra que ondeaba cerca de las primeras tiendas del campamento: he mandado poner allí un caballero de vuestra guardia para defenderle de las ráfagas del viento.

*Cárlos.* Y de qué lado viene ese aire?

*Mont.* Del mediodia.

*Cárlos.* De Francia! Mazarin continúa la obra de Richelieu; ese aire trae la rebelion á mis reinos.

*Mont.* (*En voz baja.*) Parece que el Rey está triste y taciturno, Príncipe Roberto. Alejémonos un poco. (*Ván á retirarse.*)

*Cárlos.* (*Llamando.*) Milord!

*Rob.* (*Volviendo.*) Señor?

*Cárlos.* Mandad retirar ese centinela que está á la entrada de la tienda: sus pisadas me quitarán el sueño. Es cosa estraña; esta noche me asusta cualquier ruido.

*Rob.* Pero, Señor....

*Cárlos.* (*Despidiéndole con la accion.*) Dejadme! *Roberto y Montrose se inclinan, besan respetuosamente la mano al Rey y se retiran. El se echa vestido sobre la camilla y se cubre con su capa.*)

## ESCENA II.

CARLOS (*solo y recostado en la camilla.*)

El estandarte de Inglaterra por el suelo.... dos veces.... la víspera de la batalla de Flodden vino tambien al suelo el estandarte de Escocia, presagiando así la derrota delos Escoceses. En vano fué que hicieran velar á su lado un guerrero, porque al dia siguiente le hallaron muerto al pie de la bandera derribada. (*Sopla la única lámpara que alumbraba la escena y se echa del todo.*) Durmamos.

*Una voz á lo lejos.* Quién vive?

*Otra.* Inglaterra.

*El centinela.* Santo y seña.

*Crom.* «Cárlos y Straffort.

*Cent.* Pasad. (*Cromwell levanta los tapices de la tienda y aparece en el fondo.*)

## ESCENA III.

CÁRLOS. CROMWELL.

*Crom.* (*Acercándose.*) Cárlos Estuardo! Cárlos Estuardo!

*Cárlos.* (*Levantándose sobresaltado.*) Quién me llama?

*Crom.* Yo.

*Cárlos.* Quién eres?

*Crom.* Yo, Oliverio Cromwell.

*Cárlos.* Qué veo! Sales de la tumba para asustarme?

*Crom.* Te engañaste, Estuardo: aún no he muerto. No vengo como el espectro de César á vaticinarte la pérdida de la batalla de Philippes: no

vengo como la sombra de Clarenza á decirte: «Ricardo desespera y muere" vengo animado del espíritu conciliador del rey David, entro en tu campamento, levanto las cortinas de tu tienda, y en vez de llevarme tu lanza, ó tu espada, en vez de cortar un paño de tu capa para probarte que tu enemigo ha estado á tu lado mientras dormias, vengo á despertarte, Cárlos Estuardo, para que á solas los dos, lejos de tus corrompidos consejeros, y lejos de mis sectarios fanáticos, arreglemos entre nosotros los negocios de la pobre Inglaterra, que se desangra por cada una de nuestras heridas.

*Cárlos.* Quién te ha enseñado el camino? Quién te ha dado la seña? Quién te ha conducido hasta mi tienda?

*Crom.* Qué te importa quién haya sido, si ya me tienes aquí.

*Cárlos.* No temes que con una sola palabra?...

*Crom.* Nada temo. Conozco el corazon de Cárlos Estuardo, y sé que encierra demasiada hidalguía para suponerle capaz de apoderarse de un enemigo, que se ha levantado del lecho donde yacía postrado y herido; por salvarle tal vez la corona y la cabeza de un enemigo que ha venido solo y sin defensa, confiado en la buena fé de un caballero.

*Cárlos.* Confiaste con razon.... Nada tienes que temer. Dime lo que aquí te trae, Cromwell? ya te escucho.

*Crom.* Qué es lo que me trae, preguntas? Cárlos Estuardo, será posible que no llegues á ver por fin el precipicio á donde vas á lanzarte? Ya sabes que nunca he sido tu enemigo personal, soy únicamente el defensor del pueblo, porque soy su elegido, así como tú lo eres de la soberanía;

la mano de Dios me ha elevado, al paso que á tí te humillaba, de tal suerte, que en el dia tú que has nacido en palacio, y yo que ví la primera luz en una cabaña, nos hallamos ser iguales los dos, pues nos encontramos ambos con igual poder, y ambos con la espada desnuda prontos á entrar en combate.

*Cárlos.* El Dios de los ejércitos me ha probado hoy que era un Dios de justicia, y abandono mi causa entre sus manos.

*Crom.* No atribuyas á Dios lo que solo es efecto de la casualidad: yo creo muy al contrario, que Dios apartó su vista de nosotros, cuando recibí esta herida, que os hizo creer en mi muerte: muerte fingida, que os hizo creer en la victoria. Ya lo vés, aún estoy vivo, Cárlos Estuardo, y puedo asegurarte que estás muy distante de ser vencedor.

*Cárlos.* Pues qué nombre darás al que ha dispersado tus soldados?

*Crom.* El de valiente, pero no el de vencedor; sí, tú los dispersaste, Cromwell los ha vuelto á reunir bajo su bandera.

*Cárlos.* No he visto yo mismo volver la espalda y huir al arrojado Manchester?

*Crom.* Sí, pero yo le he cogido por el brazo, y le he mostrado las murallas de York.

*Cárlos.* No he obligado á tu ejército á levantar el sitio de la plaza, en donde entraré triunfante mañana?

*Crom.* Sí, pero yo me he levantado del lecho en que yacía para venir esta noche y llamar á sus puertas á la cabeza de mi regimiento, y he entrado en la ciudad por sorpresa.

*Cárlos.* (*Levantándose.*) Cromwell, tú quieres arre-

drarme! eso no puede ser.

*Crom.* Mañana al rayar el dia verás desde aquí ondear la bandera parlamentaria en las murallas de York.

*Cárlos.* Ah! — En fin, aun suponiendo que así sea, todavía me encuentro á la cabeza de un ejército tan numeroso como el tuyo, y siento en mi corazon tanto valor como tú; Cromwell, no lo dudes.

*Crom.* Un ejército tan numeroso como el mio! y quién te ha dicho que no te ha vendido ya gran parte de ese ejército con que contábas? Olvidas que hay traidores, rey Cárlos! crees, por ventura, que es Dios el que me ha revelado el camino de tu tienda y la seña de ordenanza? Tanto valor como yo mismo, dices! Sí, Cárlos, ya lo sé: sé que eres valiente, pero el cielo nos ha hecho á tí débil y á mí fuerte; á tí te han criado entre terciopelo y sedas, á mí entre acero y arneses militares: mientras á tí te enseñaban el modo de llevar el cetro, yo me adiestraba en manejar la espada! Tú necesitas para dormir una tienda, un lecho, señores que te rodeen; en cuanto á mí no necesito mas lecho que mi coraza, mas tienda que la copa de un árbol: una piedra y una Biblia son mi almohada, y dos ó tres rudos soldados mis únicos cortesanos.

*Cárlos.* Búscame mañana en la batalla, y verás que si sé escoger lugar para descansar, no le escojo para batirme y morir.

*Crom.* No quiero tu muerte, si con tu vida puedo asegurar la tranquilidad de la Inglaterra. Lo que quiero es que renuncies á esos derechos que tú has creido conferidos por el mismo Dios, para darte otros que nosotros todos te concederémos. Quiero equilibrar tu poder con el del pueblo, pa-

ra que el uno no pueda oprimir al otro. En fin, quiero en tu mano una balanza, y no un cetro.

*Cárlos.* Y piensas conseguir todo eso con amenazas?

*Crom.* Con amenazas, nó: con súplicas.

*Cárlos.* Que entreguen los rebeldes las armas primeramente, y despues veré qué condiciones me conviene imponerles.

*Crom.* Puedo entregarte mi vida, Cárlos Estuardo, pero no la de mis soldados, y á menos que un tratado firmado por tí no salga garante de la fé de tus promesas.... (*Presentándole una pluma.*)

*Cárlos.* Un tratado! Ignorais, caballero, que un rey no debe firmar tratado alguno con los que se han revelado, sino con la punta de la espada: mañana, en el campo de batalla, escribiré con sangre el perdon de los vencidos.

*Crom.* Señor.... (*Levantan las cortinas del fondo hasta la mitad.*)

*Cárlos.* Basta, caballero, basta ya.... el dia se acerca: ya es tiempo de que cada cual se prepare á combatir.

*Crom.* Señor, en nombre del cielo no persevereis en tan ciego error: abatid el orgullo de vuestra estirpe al nivel de vuestra fortuna: no son rebeldes con los que tratais, tratais con la Inglaterra. (*El Rey coge su sombrero. Cromwell continúa.*) No tiene la Inglaterra sus derechos, como vos teneis los vuestros? quereis que los abandone por vuestro capricho, cuando puede hacer valer su justicia? Conservad vuestra dignidad, vuestros títulos; conservad ese lujo que es para vos mas que la vida. Os llamarémos *Señor* y *Magestad*.... os hablaremos con la cabeza descubierta: os haremos oro con el pan de nuestros hijos.... con la sangre de nuestras venas si es preciso; pero la li-

bertad política, la libertad de conciencia.... esa, Señor, la necesitamos!.... sí, la necesitamos! Y á pesar de vuestros esfuerzos, la hemos de conseguir, ó hemos de perecer mas bien, que vivir esclavos bajo vuestro despótico yugo.

*Cárlos.* Basta (*Cubriéndose.*) os repito, basta! Salid pronto de mi campamento, y dáos prisa, porque no os dejo mas que diez minutos de término, y pasado que sea, perdereis vuestro carácter de parlamentario, y mi salvaguardia real. (*Annesley aparece en el fondo.*) Annesley, guiad á este hombre.

*Crom.* ) *Acercándose al Rey.*) Señor! Señor! acordaos de Straffort. (*Váse: las cortinas de la tienda se abren del todo.*)

*Cárlos.* (*Solo.*) Sí, sí, me acuerdo, á pesar mio, y porque me acuerdo, no he de transigir con los revolucionarios!... Straffort ha dicho!... ese hombre es para mí mas que un recuerdo.... es un remordimiento.... Oh! si Dios me perdonase haber sacrificado á mi mas leal vasallo, como lo hice, aguardaría sereno mi hora postrera. (*Apóyase abatido en la camilla, y queda como arrobado.*)

*Mont.* (*En el dintel de la tienda.*) Es él, ó su sombra?

*Rob.* (*Que viene por el fondo, se detiene mirando atrás.*) El cielo me confunda si no es él! Sabeis, Milord Montróse, que vuestro muerto goza hoy de muy buena salud, á pesar de lo que asegurabais ayer. Me quereis decir de dónde sale?

*Mont.* De la tienda del rey.

*Rob.* Sabéis que se nos han pasado al enemigo dos regimientos enteros?

*Mont.* Nó, cuáles?

*Rob.* Los de los mayores Tuid y Hurry.

*Mont.* Y sabeis vos que han encontrado derribado por tercera vez el estandarte de Inglaterra, y que el escudero que le custodiaba yacía muerto al pie?

*Rob.* Todo eso es de mal agüero. (*El Rey levanta bruscamente la cabeza, y coge su sombrero.*)

*Mont.* El rey! Silencio!

*Rob.* Qué pálido está!

*Cárlos.* (*Sube hácia el foro, y señala los muros de York.*) No ha mentido: mirad!

*Rob.* La bandera de los parlamentarios en las murallas de York! Ah! Señor, os lo dije.... una noche de tardanza....

*Cárlos.*) (*Con acento lúgubre.*) Sí, teníais razon, en una noche se puede perder un reino: pasan tantas cosas en una noche! Vamos, señores, el botasilla! (*Se oyen los clarines.*) Mi caballo! San Jorge é Inglaterra.

*Mont. y Roberto.* (*Sacando las espadas.*) Dios salve al Rey! (*La música que se oyó al principio, vuelve á tocar el* God save the King. *Váse el Rey seguido de sus oficiales.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

# ACTO CUARTO.

## 30 DE ENERO 1649.

En White-Hall: al foro la gran ventana histórica por donde salió Cárlos I para ir al cadalso; á la derecha la puerta de entrada; en el proscenio una mesa, encima de la cual habrá un almohadon de terciopelo negro y sobre él el cetro y la corona; al lado de la mesa un sillon.

### ESCENA PRIMERA.

CARLOS *sentado: el duque de Glocester niño, de rodillas y á su lado en un almohadon con las armas reales.*

*Cárlos.* (*Estrechando la cabeza de su hijo entre sus manos.* Escuchame, hijo mio, y graba profundamente en tu corazon las palabras que voy á decirte, porque serán las últimas que escucharás de la boca de tu padre. (*El duque de Glocester echa los brazos al cuello de su padre.*) Me han sentenciado, hijo querido! van á cortarme la cabeza en un cadalso, como al último criminal!

*Duque.* Padre!

*Cárlos.* Tal vez despues de mi muerte tú seas el instrumento de que se valgan para llevar sus planes á cabo.... tal vez quieran colocarte en el trono y aprovecharse de tu niñez para conseguir de tí

la ratificacion de sus derechos, como ellos dicen. No olvides, hijo mio, que el legítimo heredero de la corona despues de mi muerte será tu hermano mayor.... el príncipe de Gales.... y si quisieren coronarte en lugar suyo....

*Duque.* No, padre mio! preferiría la muerte! nunca!

*Cárlos.* Bien, bien, hijo querido.... Todo se lo perdono á esos hombres, pues han dejado que te vuelva á ver ... Ah! si ellos supieran lo que te quiero! Oh! por qué he nacido rey!.... Por qué en vez de un trono, no ha sido mi patrimonio una cabaña, con los mismos hijos, y el mismo corazon para amarlos!.... Mírame.... otra vez.... así.... así.... (*Le besa en la frente.*) Me han prometido que despues de mi muerte, te volverán á enviar á Francia.... Allí encontrarás á la Reina, á tu hermano el príncipe de Gales, y les dirás; (*Con alterada voz.*) les dirás, hijo mio, (*Sollòza.*) que he llorado al pronunciar sus nombres, y que son las únicas lágrimas que he derramado.... con eso solo que les digas conocerán que mi corazon se desgarraba en este instante!.... Oh! Dios mio! Dios mio!

*Duque.* (*Levantándose.*) Padre! Padre! (*Pausa, durante la cual no se oyen mas que besos y sollozos.*)

*Cárlos.* Ahora, hijo mio, solo me resta una cosa que decirte.... una súplica que hacerte.

*Duque.* A mí!

*Cárlos.* Sí, á tí.... escucha. He reinado veinte y cuatro años, y en tan largo tiempo quizás habré cometido mil errores, incurrido en innumerables faltas! En breve voy á expiar esos errores y esas faltas.... Hijo mio, no es eso lo que me aflije.... he cometido un crímen!

*Duque.* Vos!

*Cárlos.* (*Hincando una rodilla en tierra para acercar-*

*se al oido de su hijo.*) Sí, un crímen que no tiene expiacion en este mundo, y que solo la misericordia divina podrá perdonarme en el otro. Tuve un ministro, valiente, fiel y adicto: ministro que me queria como ningun otro quiso á su Rey.... Esos mismos hombres que hoy piden mi cabeza, me pidieron un dia la suya.... Tenia el derecho de perdon, derecho sagrado que Dios me concedió, y que los hombres no podian quitarme.... renuncié á el hijo mio! y la cabeza de aquel fiel y leal amigo.... cayó.... ahí.... sobre el tablado.... en que vá á caer la mia!

*Duque.* Oh!

*Cárlos.* No es verdad que es un crímen horrible?.... por lo mismo, hijo mio, tú que eres jóven, que no has cometido aun ni errores, ni crímenes; tú que eres puro como uno de los ángeles del Señor, júrame que harás una cosa.

*Duque.* Cuál?

*Cárlos.* Júrame, que todos los dias, despues de haber rogado por la Inglaterra, por la Reina y por el Príncipe de Gales, tu hermano mayor y tu Rey, añadirás á tu oracion estas palabras: «Dios mio! »perdonad á mi padre por haber abandonado á »Straffort."

*Duque.* Os lo juro.

*Cárlos.* (*Estrechándole entre sus brazos.*) Silencio! ya vienen á buscarte!

*El coronel Thomlinson desde la puerta.* Su gracia el duque de Glocester!

*Cárlos.* No lo olvidarás?

*Duque.* Nó, nunca.

*Cárlos.* Adios, hijo querido, adios. (*Le coge en sus brazos y se le presenta al coronel dándole besos.*) Ahí le teneis!

*Duque.* Padre mio!
*Cárlos.* Adios! adios! (*Thomlinson se le lleva.*)

## ESCENA II.

CARLOS *solo.*

Ah!.... por fin me dejan solo frente á frente con la muerte.... solo y libre.... porque la muerte es la libertad! Me acusan de ser tirano.... que venga ahora mi pueblo á levantar hácia Dios sus manos despedazadas por el hierro de las cadenas... yo le mostraré mi cuello ensangrentado por su hacha.... Que me acuse de despotismo, yo le acusaré de asesinato! y verémos cual de los dos llegará á obtener la misericordia divina. (*Pausa.*) Necesito descansar un poco para presentarme como hombre en el cadalso, y arrodillarme como rey ante la cuchilla.... Quiero reposar tranquilo y sereno, como si me hallára en la víspera de una batalla donde estuviese seguro de perecer.... como descansaría en la víspera de un desafío á muerte y sin misericordia! Soy soldado y caballero.... no es tan dificil el morir.... ni la muerte me asustó nunca.... Reiposemos.... Plegue al cielo que la memoria de la reina y de mis hijos no venga á abatir mi espíritu.... ah! (*Se sienta en el sillon y apoya la cabeza sobre la mano.*)

*Déjase oir á lo lejos una cancion de trabajadores alegre y ligera. La voz se vá acercando á la ventana á medida que el que canta sube por la escala.*

Apresta buen escudero
mis armas y mi bridon,
que hoy yo quiero
romper en justa el primero
mi lanzon.

*Oyense golpes de martillo. Los trabajadores repiten en coro.*

Mi lanzon.

*La misma voz.* Ha de quedar hoy vencido
Ricardo el *sostenedor*,
que es temido
do quier mi brazo aguerrido
y mi valor.

*Vuélvense á oir los golpes de martillo á compás.*

*Coro de trabajadores.*

Y mi valor!

*Cárlos.* (*Llamando.*) Coronel Thomlinson! coronel Thomlinson! (*Sale Thomlinson.*) Qué ruido es ese?

*Thomlin.* Señor....

*Cárlos.* Decídmelo.

*Thomlin.* Son los trabajadores que han mandado... venir.... y que se distraen cantando mientras trabajan.

*Cárlos.* Tened la bondad de decirlos que el Rey los

suplica que no hagan tanto ruido y canten mas bajo, porque le impiden dormir por la última vez; decídselo así, coronel Thomlinson. (*Thomlinson abre la ventana del foro, y habla á los trabajadores, los cuales se callan al punto. Cromwell aparece en el dintel de la puerta embozado en una capa y con el sombrero calado hasta los ojos,*)

## ESCENA III.

CARLOS. CROMWELL.

'homlin. (*Volviendo.*) Ya han callado, Señor.

árlos. Gracias.

rom. (*A Thomlinson.*) Dejadme solo con el reo, (*Váse Thomlinson. Cromwell se acerca al Rey con lentitud.*) Señor!

árlos. (*Estremeciéndose.*) Otra vez esta voz! (*Volviéndose.*) Otra vez este hombre! Debia haberme admirado en efecto, de no haber visto de nuevo á mi ángel malo.

rom. Sois injusto conmigo, Señor.

árlos. Injusto! y siempre que te he visto, no has hecho mas que presagiarme desgracias! La primera vez fué la víspera de la sentencia de Straffort.

rom. Vine á ofrecerme al conde como amigo, y él prefirió que me declarase su enemigo.

árlos. La segunda fué el mismo dia de la ejecucion de muerte de Straffort.

'rom. Vine á salvarle la vida y vos me mandasteis prender.

árlos. La tercera en el campamento de York.

rom. Vine á proponeros la capitulacion y me echasteis de vuestra tienda. He querido salvaros por tres

veces: la primera cometisteis una falta, la se-
gunda un crímen, la tercera quedasteis vencido y
humillado.

*Cárlos.* (*Con ironía.*) Y qué vienes á salvarme
hoy, dí?

*Crom.* La vida, Señor!

*Cárlos.* La vida! tú! (*Mirándole y levantándose.*
Por eso sin duda has apresurado mi sentencia, por
eso has mandado hacer fuego á la tribuna que mal-
decia en alta voz á mis jueces, por eso has escrito
al verdugo señalando para dia de mi suplicio el
treinta de Enero á las seis de la mañana, no es
verdad?

*Crom.* Sí he dado prisa para que se cumpliese vues-
tra sentencia, ha sido porque hace diez años que
la Inglaterra lucha contra vos, y el pueblo cansado
ya de la lucha solo puede encontrar descanso con
vuestra ruina. Si he mandado hacer fuego á la tri-
buna que maldecía á vuestros jueces, ha sido por-
que, pronunciada la sentencia, era un deber el ha-
cer respetar el fallo de la autoridad. Si he escrito
al verdugo, que el dia treinta de Enero era el seña-
lado para la ejecucion, ha sido porque en la noche
del veinte y nueve estaría pronta una barca cerca
del puente de Lóndres, para transportaros á bordo
de un navío, y de allí á Francia. Señor, nunca ha-
beis querido fiaros en mi palabra; y Dios os ha ca-
tigado por ello. Vengo á favoreceros por la últimá
vez. La muerte os espera, y es una muerte próxi-
ma, inevitable!.... Dejadme arrancaros de los bra-
zos de la muerte.

*Cárlos.* Estais hablando con un soldado que la ha vi-
to tantas veces de cerca, que ya no la teme. Estais
hablando con un rey tan desgraciado que la
desea.

*rom.* No hablo con el soldado ni con el rey, hablo con el esposo que vá á dejar viuda á su amada compañera, que vá á dejar huérfanos á sus hijos queridos, hablo al corazon y no al alma, á la naturaleza que sigue la voz interior que la grita, y no al orgullo que raciocina. Prestad oidos á mis palabras, Señor, os lo suplico por lo mas sagrado.

*árlos.* Si hiciese lo que quercis, dirían que era un cobarde y que temia la muerte.

*rom.* Las batallas de York y de Naseby probarían lo contrario.

*árlos.* El parlamento se mofaría de mí.

*rom.* Pero, vuestros hijos volverían á estrecharos en sus brazos.

*árlos.* ¿Y qué interés os mueve á salvarme la vida?

*rom.* Qué interés? Escuchadme Señor; vos conocisteis un hombre á quien pudísteis haber salvado, como ahora yo á vos, y no obstante, no lo hicísteis, recordais su nombre?

*árlos.* Sí, sí, harto le recuerdo.

*rom.* Y negaréis que desde que el verdugo descargó el golpe mortal, no habeis podido borrar de vuestra memoria la idea de la muerte de aquel hombre? negaréis que en el fondo de vuestro corazon sentís una carcoma, que os roe interiormente, y emponzoña vuestra existencia desde entonces? negaréis que algunas veces os ha parecido ver entre sueños el espectro amenazador de aquel mismo hombre que venia á sentarse á la cabecera de vuestro lecho, y os gritaba con lúgubre voz. Ay de tí, Cárlos Estuardo!

*árlos.* Sí, es verdad, es verdad!

*rom.* Pues bien, Cárlos, he ahí lo que yo tambien temo, porque no quiero que durante los dias me

roan el corazon los remordimientos, ni que durar te la noche me persigan espectros. Puedo salva ros.... y he de hacerlo.... os salvaré aunque fues á pesar vuestro.

*Cárlos.* Y ha sido por salvarme por lo que habe mandado erigir el cadalso delante de esta mis ma ventana?

*Crom.* Sí: porque ese cadalso será, segun vuestra r solucion, el paso que os conduzca á la vida ó á muerte. Esas tablas son para vos esta noche un e trado por el cual podeis bajar, pero mañana al ra yar el dia se convertirán en un cadalso al cu tendreis que subir. Dáos prisa á salir por e ventana, yo saldré por la puerta. Dentro de di minutos estaréis debajo del puente de Lóndre y dentro de una hora en el mar.

*Cárlos.* Pero y el centinela que está ahí bajo?

*Crom.* Os daré la contraseña, y no os estorbará paso.... Tomad, ahí teneis la capa con que m ha visto entrar.

*Cárlos.* Dádmela.... Dios os lo recompensará!

*Crom.* Aguardad (*Vá á la ventana.*) Bueno, ya s fueron los trabajadores; el centinela únicamen te se pasea al pie del tablado. Voy á hablarl para que me conozca y os tome despues por m (*Levantando la voz.*) Soldado.

*Soldado.* (*Desde dentro.*) Señor!.... qué mandais m general?

*Crom.* No ha ocurrido nada.

*Soldado.* Nada.

*Crom.* Bien, voy á bajar. (*Vuelve á cerrar la ve tana.*) No hay que perder un instante, embozao la contraseña es Cárlos y Straffort.

*Cárlos.* (*Estremeciéndose.*) La misma que la d dia de la batalla de York!

*om.* Sí.

*rlos.* (*Cogiéndole por el brazo.*) Caballero, aquella noche confiásteis en mi palabra, y os pusísteis entre mis manos.... en la vuestra confio yo ahora....

*om.* Animo, Señor! (*Cromwell abre la puerta y Cárlos la ventana. Cárlos dá un paso sobre el tablado del cadalso; un hombre vestido de negro enmascarado y con la cabeza descubierta le coge por el brazo, y le cierra el paso.*)

## ESCENA IV.

DICHOS. *El enmascarado.*

*nmas.* Detente, Cárlos Estuardo!

*rlos.* (*Retrocediendo.*) Oh! qué vil traicion!

*om.* Quién es este hombre?

*rlos.* (*Dejando caer la capa.*) Será tal vez la sombra de Straffort.

*nmas.* No: soy hombre y no espectro.

*rlos.* (*Trayéndole al proscenio.*) Acercaos, para que pueda miraros cara á cara, y probaros que no tengo miedo. Quién sois?

*nmas.* (*Quitándose la careta.*) Me reconoces ahora, Cárlos Estuardo?

*rlos.* Oh! sí, perfectamente.... Vos sois el que intentó darme una puñalada en las calles de Lóndres! vos el que me disparó un pistoletazo en la batalla do York.

*nmas.* Aun me habeis visto otra vez, señor; haced memoria.

*rlos.* (*Mirándole de hito en hito.*) No me acuerdo.

*nmas.* Será dificil, porque ya hace veinte años desde la primera vez que me visteis. Fué el dia en que

firmásteis el bill de derechos. Un caballero de Devonshire vino en nombre de la nobleza de su condado á vaticinaros todas las desgracias que despues os han sucedido. Ese caballero os esperó al paso cuando salíais de Westminster.

*Cárlos.* Sí, ahora me acuerdo.

*Enmas.* Os habló con la mayor sumision, hincado á vuestros pies y con la cabeza descubierta, os suplicó que no firmaseis aquel bill, porque era firma vuestra dimision de rey, y vos le respondisteis con grosero tono que el mal estaba ya hecho. Entonces se levantó y se cubrió.

*Cárlos.* Sí, tambien me acuerdo.

*Enmas.* Pero vos ciego é insensato, os arrojasteis sobre él como sobre un esclavo, y le maltratasteis como á un lacayo.

*Cárlos.* Es verdad.

*Enmas.* Ese noble insultado por vos hasta el punto de derribarle á golpes el sombrero, hizo el juramento desde entonces de no volverse á cubrir la cabeza mientras vivieseis, hasta que pudiese hacerlo delante de vuestro cadaver. (*Con risa feroz.*) Ese noble soy yo: me llamo Tomas Lokart, y soy baron, Cárlos Estuardo. Ah! creíais que porque me habíais maltratado y desterrado, quedaríais impune; creíais que siempre me habia de estar en Francia llorando mi insulto, y que vuestros puertos, guarniciones y fortalezas habian de estar custodiados eternamente por vuestras tropas. Orgullo! necio orgullo! Al fin estoy aquí: hice ademan de huir, pero fué para ganar terreno! no he dado mas que tres saltos, pero tres saltos de tigre, y al tercero te tengo aquí!...

*Carlos.* Pues qué? sois vos el que sustituye....

*Enmas.* Al verdugo. Entre mis manos habeis de lan

zar el alma á la eternidad. Estais pronto? (*Dan las seis.*)

*írlos.* Sí, pero.... (*Con la mano.*) retiraos y no os acerqueis á mí mas que para cortarme la cabeza. (*El caballero se pone la careta, y se retira.*)

## ESCENA V.

CARLOS. CROMWELL.

*rom.* Señor, ya na dado la hora.... (*Acercándose á él.*) He hecho cuanto he podido por salvaros.

*árlos.* Lo sé, Cromwell, y os perdono.

*rom.* El dia entra ya por las ventanas.

*árlos.* Y la muerte al mismo tiempo que él. Mirad. (*Salen un escribano, el obispo Juxon, el caballero enmascarado. &c. &c.*

*scrib.* (*Con un rollo de papeles.*) Señor, en nombre del parlamento....

*írlos.* Basta ya: es inútil: estais pronto? porque yo hace tiempo que lo estoy.

*scrib.* Sí señor.

*írlos.* Pues marchemos. (*Abre él mismo la ventana, y sale apoyado en el obispo Juxon, y acompañado de todos los de justicia que entraron con el escribano del parlamento. Rumor sordo entre los del pueblo al ver al rey.*)

*rom.* (*En medio de la escena*) Vá á exhalar su último suspiro un tirano, ó un inocente? Solo Dios lo sabe.

*árlos.* (*Dentro.*) Ingleses! pongo á Dios por testigo ante el tribunal en que voy á comparecer, que soy inocente de todo lo que me acusais. Dejo una buena causa aquí abajo, y me espera allá arriba

un Dios misericordioso que perdonará mis faltas como yo os perdono vuestro crímen—Herid. (*Se oye el golpe del hacha. El pueblo lanza un grito lúgubre. Abrese la ventana y aparece el caballero con el sombrero puesto, que atraviesa silenciosamente el teatro: por la ventana se descubren sobre el cadalso agrupados varios señores con el obispo de Juxon en torno de un cuerpo cubierto con un paño negro. Cromwell coje el cetro y le rompe, arrojándole despues contra la corona que cae al suelo y se hace pedazos.*)

*Crom.* Pobre cabeza sin corona!.... Pobre corona sin cabeza!

**FIN.**